1679 18

El conocimiento del cambio

El conocimiento del cambio

Anónimo

Acto Primero

Capítulo½

Los regalos más importantes en la vida difícilmente pueden comprarse con dinero y a menudo son menospreciados. La gratitud alimenta la humildad y, juntas, el espíritu del hombre.

El Universo abrazaba el corazón de Robin como nunca antes lo había hecho; con señales claras se argüía incuestionable su presencia y, por lo visto, parecían buenos amigos de su existencia atormentada.

Ahora eran brisas de aire fresco las que aclaraban su mente y rayos de sol en la tarde, los que acariciaban su piel, sosegaban su alma.

Su rastro se había perdido, definitivamente, hacía ya algún tiempo. Con elegante discreción se había retirado de nuestra manada para fundirse en los brazos de su gran amiga inmortal, la que la acogería hasta su aliento final.

Los que más pudiéramos preocuparnos por ella encontrábamos cierto consuelo entre sus recuerdos, los que tratábamos de conservar tan frescos como podíamos entre las innumerables cenas huecas llenas de eternos silencios que seguirían. Nos reconfortaba volver a juntarnos, aunque enorme se hacía la mesa ahora.

Mentiríamos si negáramos nuestra tristeza, aún era reciente el amargo separar de nuestros caminos y el pesado hueco de nuestra vieja amiga cargaba en las espaldas, el sufrido andar de nuestra zozobra; por algún tiempo lentos y sin mucho sentido transcurrirían los días para nosotros.

A Robin tan sólo le quedarían algunos pocos pasos más que guiar en su retiro del paraíso terrenal; esos pasos y una larga historia sobre sus ancianos hombros, los que la acompañarían en el tránsito final.

Yo viví esa historia y os la puedo contar.

Capítulo 1

Me llamo Julián Sephora y soy originario de la cordillera Real, en el noroeste de Bolivia, donde se alzan las mayores montañas de los Andes. Junto a mi familia, los Sephora, vivimos en un rancho a las afueras de Villa Independencia, la capital de la provincia del Ayopaya, entre los departamentos de Cochabamba y La Paz.

El nuestro es un lugar modesto y algo alejado de las poblaciones más cercanas, pero con un enclave único alberga uno de los ranchos más antiguos de toda la región.

Varios son los ríos que confluyen entre nuestras inmensas cordilleras: la Real y la del Mazo Cruz; la mayoría alimenta al gran lago Titicaca; otros van más al sur desembocando en el Uru-uru; y tan solo unos pocos alcanzan al pequeño Poopó, en el departamento de Oruro.

Los Sephora somos descendientes originarios de los pueblos indígenas del altiplano que han poblado éstas tierras: desde la provincia del Collao, al norte de la actual Perú, a las cordilleras andinas de Bolivia; donde hemos permanecido por más tiempo del que la historia pueda contar.

Éramos conocidos como '*los collas'* por los incas, dada la importancia de esa región del Collao, mucho tiempo atrás, pero según las historias heredadas por nuestros ancestros el origen de nuestro pueblo se remontaría a mucho más atrás. *Mitmakunas* fuimos, anteriormente, 'los desterrados' en quechua; como se denominaba a los refugiados de las guerras y drásticos fenómenos meteorológicos que terminaron, al final de la Edad del Bronce, con el gran imperio Tiahuanaco.

Nuestro idioma original era el *jaqi aru*: 'el 'idioma de la humanidad', pero como nómadas peregrinos del trabajo que éramos, adoptábamos también el del lugar de acogida.

Había tres grandes grupos de *mitmakunas*: los *aimaras*, nuestro pueblo original; los *quechuas* con los que nos fuimos fusionando por el basto territorio andino; y los *guaranís*, que se refugiaron por la gran selva del Amazonas.

Don Juan Polo de Ondegardo y Zárate decidió simplificar, y empezó a

llamarnos a todos '*aimaras'* por igual.

Al norte de nuestro rancho, el río Negro y el Ayopaya se unen al Beni para que éste, turbio y revoltoso, serpenteando cual guaraní se adentre por entre la inmensidad de nuestra colosal selva amazónica. Casi siete millones de kilómetros cuadrados de frondosa vegetación abriéndose paso a los pies de nuestras imponentes montañas de la cordillera andina boliviana; dos titanes saludándose por entre los valles de nuestra humilde Villa de la Independencia.

Fértiles las tierras bañadas con abundante agua cayendo libre. Numerosas las familias de Sephoras que han visto crecer sus vidas alrededor suyo; han arraigado fuerte las raíces, tronco y ramas de nuestro extenso árbol genealógico aquí.

Unas tierras donde los hijos del tiempo danzan juntos. Pasado, presente y futuro reposan impasibles sobre las mismas piedras esperando el nuevo despertar del alma del hombre; el que reabra la caja de Pandora descubriendo lo único que en ella quedó, su esperanza: el conocimiento del cambio.

Polinizado de primavera soplaba el viento en aquel caluroso mes de Abril, el séptimo para mi. Abarrotada de gente estaba la concurrida estación de autobuses en la céntrica plaza '6 de Agosto', al final de aquella mañana de sábado, que colmaba de luz. El gentío esperaba impaciente tratando de ver llegar, cuánto antes, al autobús con sus allegados a salvo dentro. Y entre los asientos de uno de ellos, proveniente de La Paz, llamaba la atención una disonante familia de australianos con su disruptiva entrada a nuestra villa.

Robin, con tan sólo ocho años, fue la primera en bajar de aquel autobús, que llegaba cansado y polvoriento a nuestra estación tras muchas horas de viaje. Estaba loca por salir a descubrir aquel nuevo lugar, pero su hermana Lucy, dos años mayor, lo hacía justo después para evitar que se alejara.

—¡Robin vuelve, que te vas a perder! —le gritó desesperada.

En sus brazos llevaba al pequeño Little Boy, de poco más de un año por aquel entonces, el que asustado con tan convulso despertar, rompía a llorar desconsoladamente.

Detrás suyo, una corpulenta sombra se hacía grande para dar a conocer un intrigado rostro de ceño fruncido y mirada de contrariedad. Era Big Josh, el tío de tan adorables criaturas asomando su cabeza de ojos azul claro australiano, tratando de asegurar aquel caótico desembarco, mientras peleaba infructuosamente contra nuestro justiciero sol de mediodía.

Los habían practicado hasta la saciedad desde su natal Perth de donde habían salido unos pocos días atrás. Pero para desconsuelo suyo, en el mismo instante en que aquel veterano motor dejó de traquetear y abrió sus puertas, el

orden y la compostura dejaron de contenerse por completo.

—¡Todos juntos! ¡Ojo al salir! ¡Ojo al entrar! ¡Que nadie se desperdigue! —pero como en tantas ocasiones aquellas fueron voces cayendo en saco roto.

Robin se había desperdigado antes siquiera de poder llegar a poner, Big Josh, un primer pie en tierra. Lucy y Little Boy armaban tremendo alboroto detrás, mientras en la cola del equipaje se agolpaban ansiosos los pasajeros con las prisas típicas por recoger lo antes posible sus pertenencias y reunirse con los propósitos de sus viajes.

Para Josh, curtido en mil batallas, aquella escena seguía siendo como un soplo de aire fresco. Inspirando hasta donde le alcanzaron los pulmones estiró el pobre amasijo de adoloridas vértebras que aquel voluntarioso asiento de autobús le había dejado por espalda, y con una larga y profunda expiración soltó todo el aire. Una saludable sensación de alivio recorrió aquel acartonado cuerpo tras tan largo viaje, música para su maltrecho acordeón.

Con un brazo agarrado a una de las barras del portaequipajes del techo del autobús, deslizó sus casi dos metros de excombatiente de la armada naval australiana hasta clavar su primer pie en tierra, y tras una breve pausa retando al horizonte para habituar los ojos a la intensa luz, con mucha fe, permitió que le siguiera el resto de su fornida percha.

Don Julio, el ayudante de conductor que tan bien los había recibido y acompañado durante todo el trayecto de ida desde La Paz, igual que había colocado todas y cada una de las maletas al inicio del viaje, se apresuraba ahora a devolvérselas a sus legítimos dueños. Con la mirada repartida entre todo el ajetreo, intercambiando papelitos por sus respectivos bultos, lograba disipar la ansiedad de los pasajeros por sus correspondientes posesiones.

Curioso el valor que llegan a adquirir los objetos que nos acompañan en los viajes.

Para sorpresa de tío Josh, don Julio estaba en todas las jugadas de aquel autobús y, sin levantar la mirada de la multitud, ya le estaba indicando agitando el dedo índice en alto, la dirección donde encontrar a su familia.

—¡Muchas gracias señor! —le agradeció un atónito Josh.

«Qué habilidad la de aquel hombre», pensó para sus adentros, mientras trataba de abrirse paso entre la gente.

El rastro de voces convergía, embarazosamente, en una parada de artesanías local donde se habían detenido sus sobrinas. Con la llegada de Big Josh, sin embargo, todo aquel revuelo se silenció de golpe, y en su lugar empezaron a

intercambiarse sorprendidos rostros de interrogación. Tal vez fue la imponente estampa de Big Josh apoderándose del lugar, o tal vez la curiosidad colectiva de aquel pueblo sorprendiéndose ante tan singular escena familiar, el caso es que todo el mundo allí se congeló como una estatua.
Robin y Lucy permanecieron inmóviles ensayando sus rostros de culpabilidad a la espera de órdenes o acontecimientos, lo primero que llegara se diría; tantas miradas sobre ellas las estaban matando.

—¡Hola! ¿Buenas tardes? Somos *the Barmbies, from Perth, Australia*. —saludó algo inseguro con la mano Josh, preguntándose por el éxito de las pocas clases en español que había podido tomar.

Entre sonrisas y alguna que otra mueca de extrañeza pudieron escucharse varios: '¡Buenas tardes!' y algún que otro educado: '¡Bienvenidos!' de la gente; los que paulatinamente fueron disolviéndose entre las más habituales expresiones de timidez, hasta fundirse nuevamente en el corriente retomar de las actividades.

Tío Josh, entonces, se dirigió hacia donde se encontraban sus sobrinas para interesarse por lo que fuera que les hubiera llamado la atención aquella vez. Y en la parada de artesanías las encontró; Robin estaba frente a un espejo probándose un precioso colgante con una enorme piedra azulada en el interior; mientras Lucy, con un brazo en jarras, mostraba su total desaprobación, al tiempo que mecía enérgicamente al pobre de Little Boy.

—Es una gema de *sodalita*. —intervino amablemente el vendedor.

Robin se aferraba a aquel collar de un modo que parecía imposible fuera a poder desprenderse de él.

—¿Te gusta de verdad? —le preguntó comprensivamente tío Josh.

—¡Sí! —respondió enamorada Lucy abrazándolo con todas sus fuerzas.

Josh sonrió y se dispuso a sacar su monedero pero… —Es un obsequio. —le interrumpió sorprendentemente el vendedor.

—¿Cómo, pero porqué? —tartamudeó tío Josh tratando de comprender.

—La *sodalita* es una de las gemas preciosas más abundantes en las minas de ésta región. —le explicó cortésmente el vendedor.

—Se dice que ayuda a equilibrar mente y espíritu, y que los que se sienten atraídos de forma natural por ella puede que vayan a ser llamados a importantes tareas para la humanidad. —continuó comentando con cierto aire de misterio.

—Será para mi un honor y les deseo toda la suerte del mundo. —concluyó mientras ayudaba a Robin a colgárselo.

Josh, vagamente había entendido una sola palabra con su macarrónico español, pero disimulaba educadamente asintiendo con la cabeza mientras le alargaba el brazo al vendedor para estrecharle la mano, junto a una gran sonrisa de complicidad.

—¿Cuál es su nombre? —le preguntó entonces tío Josh.

—Horacio. —respondió el vendedor devolviéndole el apretón de manos.

—Gracias Horacio, el honor será nuestro. —le dijo afectuosamente.

Finalmente, se dirigió hasta donde estaba Lucy, por si le hubiera podido haber interesado algo a ella también.

—Eso son baratijas. —le espetó enfurruñada ella sin pensarlo.

A Josh se le cayó el rostro al suelo de la vergüenza, y con sus manos en la cabeza parecía estar buscándolo, junto algún tipo de disculpa.

Horacio, afortunadamente, se tronchaba de risa haciéndose cargo mientras Lucy, tozudamente, trataba de mantener aquel desafortunado berrinche infantil.

Tío Josh, entonces, consciente del pesado viaje que llevaban todos a las espaldas, arqueó una de sus cejas y se inclinó a la altura de Lucy para, tan cómico como misteriosamente supo interpretar, susurrarle al oído:

—¿Querrá eso decir, tal vez, que a lo mejor a su majestad lo que se le pudiera estar antojando fuera un delicioso helado? —la sorprendió por completo.

A Lucy se le encendieron los ojos como faros y necesitó de ambas manos para taparse la boca que contuviera el volcán de su felicidad explotando, para de algún modo, con mucho arrojo, lograr responder coquetamente:

—Eso sería de lo más encantador. —muy digna ella.

Volteándose con un giro exagerado de la cabeza hizo volar su larga melena rubia como una ola que rompía tras de ella, para terminar alejándose, muy decidida, como si tuviera la más remota idea de adónde iba.

Muy cerca, en aquella misma plaza les estaría esperando una pequeña heladería para brindarles su merecido postre.

—¿Y porqué ella tiene un helado si ya le has comprado un collar antes? —protestó Lucy acabando con toda la magia del momento.

—Hubieras tenido el tuyo si lo hubieras querido, y ahora disfrutemos todos juntos de nuestros helados en paz. —le respondió firmemente Josh.

Fastidiosamente bien debieron sonar aquellas palabras a Lucy, que finalmente accedió a tomarse su helado sin rechistar más.

Le prepararon un biberón a Little Boy también y se sentaron un buen rato en silencio, tan sólo escuchando el batir de aquel pueblo, desde el corazón de aquella plaza.

Tras la puesta de sol se fueron al hotel donde les aguardaban sus cosas y, exhaustos, sin mucho esfuerzo encontrarían el sueño aquella noche.

Capítulo 2

Dorados los atardeceres que iluminan las pieles de nuestras majestuosas montañas en Villa Independencia. Praderas de flores violeta salpican de color sus faldas, mientras el verde abrigo de sus tupidos bosques celebra el baño con los radiantes rayos de nuestro dios, el Sol.

Su luz se filtra entre torres de más de cinco mil metros de altura; fuertes los soldados que protegen nuestro castillo de las peores inclemencias del tiempo.

Vivos y llamativos los colores,
hechos de lana de llama tradicional,
los tejidos en nuestra cultura andina ancestral,
un precioso vestido trenzado
con los hilos del arcoíris.

Los colores en la vida,
como las partes de la luz,
o las notas musicales,
siguiendo su Patrón.

Como decía Mamani Mamani, nuestro sabio y célebre pintor:

«Los colores son vida. En la cultura andina se representan todos los colores del arcoíris. Dos arcoíris juntos, por ejemplo, dan lugar al nacimiento de la Whipala. Entonces el color es fundamental. Los hombres de las culturas precolombinas y tiwanakotas se han expresado mediante los colores en sus tejidos, cerámica y awuayos. Y mi arte es eso mismo. Siempre digo que mi arte es una challa a la Pachamama, porque le gusta los colores.»

El aguayo, o '*lliclla*' para los aimaras, más que una prenda tradicional, todo un símbolo cultural.





Escribía sobre los aguayos nuestra estimada antropóloga Victoria Cereceda:

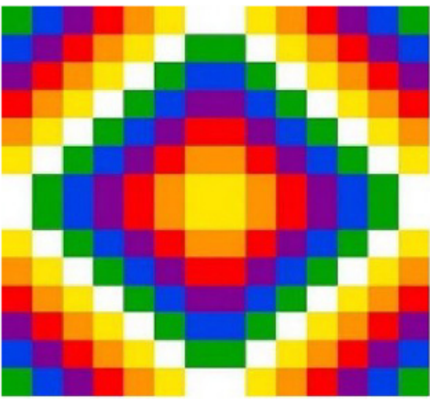
«El aguayo es la cuna de los indígenas, los bebés se llevan en el aguayo, es también símbolo del esfuerzo y del trabajo, el fruto del trabajo y de la tierra. Extendido sobre la Madre Tierra —que tan hermosamente evoca el rostro y el corazón materno de Dios— el aguayo es también la mesa en torno a la cual se sienta la familia o la comunidad. El aguayo sintetiza y simboliza toda la vida del pueblo. Al celebrar la Eucaristía sobre el aguayo estamos proclamando la profunda relación que tiene que haber entre la vida y la eucaristía.»

Su nombre proviene del '*allqamarí*', un diminuto pajarito local de marcados colores, blanco y negro, en su cuerpo. Palabra que en aimara significa 'bicolor', el símbolo de la dualidad con el que al '*allqamarí*' se bautizó.

Aún a día de hoy, el contraste en cada línea de lana sigue siendo la característica principal en la técnica del tejido de los aguayos: distinto color o grosor en cada línea, y así en todas.

Igual en la lejana antigüedad como en la actualidad, los colores se forman por la descomposición de los rayos del sol en sus siete partes: el *Kutukutu*, o 'arcoíris blanco' en aimara, y los siete *Kurmis*.

Esos siete colores: los seis del arcoíris más el blanco del sol que los contiene, diseñan los símbolos más importantes en nuestra cultura andina ancestral; íntimamente unidas, Whipala y Chacana, la bandera y la cruz andinas.

Dos arcoíris en cada Whipala,
un tablero de siete por siete recuadros,
los siete colores duplicados, excepto el Blanco;
una franja de Luz que cruza por el interior,
de un extremo al opuesto;
la diagonal que atraviesa, por el corazón,
la que hace Siete.

A cada lado, inversamente ordenados,
seis colores más el Blanco, el Séptimo en común,
2 pirámides de 7 peldaños saliendo de Él;
del que a todos contiene.

Cuatro Whipalas para hacer una Chacana,
una cruz andina de seis peldaños terrenales,
uno por cada color del arcoíris,
y el Séptimo, el Blanco celestial;
el que a todos envuelve;
el de la conexión con Dios.

La Chacana, una cruz apuntando a las 4 direcciones; las 4 estaciones,
y 6 más entre ellas, 24 en total; las horas del día,
la mitad, 2 veces 6, como los 12 meses del año, o los signos del Zodíaco:
los ciclos de la Creación.

Amarillo en el centro mutando a naranja,
rojo y violeta antes que azul,
lleno de verde a su alrededor,

y una inmaculada luz Blanca en las alturas;
un paraíso de planeta en el que vivir.

Símbolos transmitidos por nuestros ancestros,
y conservados por generaciones,
recordando la conexión con los principios fundamentales,
las leyes de la Naturaleza y del Universo;
las que rigen en nosotros,
como en todas las partes de la Creación.

En comunión con esa sabiduría universal,
organizándose los departamentos en nuestra cultura andina ancestral;
una armónica sociedad comunitaria,
la que ha prevalecido hasta el día de hoy.

El **Rojo** representaba a la Tierra, la '*aka-pacha',* y todo lo referente con el desarrollo intelectual. Era todo el conocimiento y pensamientos que los *Amawtas*, o 'maestros sabios', recogían y transmitían a través de las generaciones. Los encargados de educar a los candidatos a futuros gobernantes del imperio, tratando de acercar así el conocimiento, a los que iban a tener que dirigirlo después. Los que impartían sus clases en las vetustas *Yachaywasis*, las antiguas 'casas del saber', con lecciones sobre materias tan diversas como: normas morales y religiosas, historia y formas de gobierno, ciencias y matemáticas, la Tierra y el Universo, así como toda la cosmovisión andina que impregnaba sus vidas: de orden, armonía y color.

Según esa cosmovisión había tres mundos, o planos diferentes, en el Universo: el de las alturas, *Hanan Pacha,* representado por un cóndor; el material de los vivos, *Kai Pacha*, por un puma; y el de los espíritus, *Uku Pacha*, que los conectaba a todos, y se representaba con una serpiente.

Dos alas, el cóndor; cuatro patas, el puma; y unas espirales formas, las que utiliza la serpiente para avanzar: los tres mundos conformando.

El **Naranja** representaba a la sociedad y la cultura, como todo lo referente a su preservación: la procreación, la salud, la medicina, la formación y la educación.

El **Amarillo** era la energía y todas las fuerzas originales; los principios fundamentales, la *Ch'ama-pacha*, como la hermandad y la solidaridad humanas, todas frutas del mismo frutal.

El **Blanco:** el tiempo y la dialéctica, la *Jaya-pacha*, y todas las expresiones de

desarrollo y transformación permanente: el arte, la ciencia o la tecnología, que debían orientar su crecimiento, armónicamente, con la estructura comunitaria prevalente.

El **Verde** era la economía y la producción de las riquezas naturales sobre la superficie terrestre, y su subsuelo: la fauna y la flora, la pesca, así como todos los yacimientos hidrológicos, o minerales, de cualquier tipo.

El **Azul** representaba el espacio cósmico, la *Araxa-pacha*, y todos los fenómenos naturales que de él surgieran: la astronomía y la física, las leyes de la gravedad y las dimensiones, como todas las del Universo.

La organización socio-económica, política y cultural formaba parte de éste color a fin de acercar, en lo posible, la estructura de las vidas a la del Universo.

El **Violeta** era la política y la ideología, y todas las expresiones de poder comunitario, en armonía, independientemente de cuál fuera la estructura de representación del pueblo imperante.

Los siete colores juntos dibujaban, nuestra amada Chacana del conocimiento.

—¡Tanta belleza hace mejores a las personas! —solían decir mis padres enamorados de sus andinas tierras.

El nuestro era uno de esos lugares en los que el aire se inunda de agradecimiento y los problemas parecen empequeñecer hasta desaparecer, y yo nací con síndrome de Down, o como el célebre médico británico, John Langdon Haydon Down, nos bautizó primeramente: 'mongólico', debido al estrecho parecido que observó que guardaban nuestros rasgos físicos con los de las razas nómadas del pueblo mongol. Por muchos años fuimos considerados una especie de humanos primitivos, como un salto genético venido del pasado.

Los restos más antiguos de ancestros humanos de los que se tiene constancia fueron hallados en el sur-este del continente africano y el sur del asiático, pero a medida que la progresiva subida de temperaturas fue anunciando el final de una nueva Edad del hielo, las distintas ramas de pre-humanos existentes fueron encontrándose, más al norte cada vez, por toda la geografía europea. Con un carácter nómada tatuado a fuego de supervivencia llegaron hasta el estrecho de Bering, un gran istmo por aquel entonces conectando con Alaska, por donde cruzaron al continente americano.

Istmos, puentes naturales, estructuras heladas que se forman en los inviernos más fríos del planeta, los que luego quedan anegados de agua otra vez;

más de cien metros variando el nivel del mar.

África y América quedan conectados por el sur mediante la Antártida en los tiempos de una glaciación. Asia y Oceanía, el archipiélago de pueblos de navegantes en los calores del planeta, en sus inviernos se transforman en un firme pasillo terrestre por el que cruzar a pie.

El hielo, acumulándose y derritiéndose, como un grifo regulando las migraciones del planeta por el tiempo. Continentes que se separan para luego volverse a juntar; islas que se inundan para nuevamente reemerger de las profundidades; civilizaciones que desaparecen, otras que ocuparán su lugar.

Unos mismos rasgos se han perpetuado en los cuerpos de los pueblos originarios: desde una punta del continente asiático a la otra en el sur del americano, tras la última migración, como tozudas migas de pan separadas por miles de siglos dejando testimonio de ese gran viaje ancestral de la humanidad por el planeta.

Ojos rasgados en forma de sonrisa, rostro aplanado de prominentes pómulos y unos cuerpos de cuello ancho y estatura moderada, los más habituales.

Muy semejantes, curiosamente, a los que presenta mi alteración en la duplicación del cromosoma veintiuno, aunque debo decir que en mi caso, éstos suelen pasar desapercibidos; como descendiente aimara y Down, doblemente debo responder al perfil, y éstos se mimetizan.

Cualquiera de los tantos pueblos que hay repartidos por todo el planeta con semejantes rasgos podrían haber elegido:

Inuit, Sioux, Navajos, Cheyennes, Creeks, Apaches, Comanches, Cherokees, Pies-Negros, Iroquois, Chippewas, Aztecas, Quechuas, Olmecas y tantos otros más.

Cómo me gustaría poder nombrarlos a todos; M*itmakunas* todos como lo somos todos; desgraciadamente muchos desaparecerían antes de la huella de su paso poder llegar a dejar.

Sus nombres resuenan en mi alma como los tambores de sus tumbas retumban bajo las tierras bañadas con tanta sangre innecesariamente derramada, la que ahora es inmortal.

Pueblos sometidos, silenciados u olvidados, refugiados trabajando por nuestro futuro, el de la vida, desde el silencio de su discreta verdad, la que por siempre los recordará.

De todo el abanico posible de inhabituales mutaciones genéticas, la mía una todavía aún más extraña si cabe: la trisomía somática mosaicista revertiente en el par cromosómico 21; sólo algunas de mis células se ven afectadas por los síntomas característicos del síndrome de Down mientras que las otras pueden formar tejidos por recombinación mitótica y presentar mejoras de regeneración

respecto a las ordinarias.

Los Downs conectamos con lo esencial de una forma natural. Reconocemos al yo verdadero y únicamente nos dirigirnos a él. Cualquier impostor que nos presenten se verá ridículo interpretando sin función; a telón bajado como el agua transparente actuamos siempre los del síndrome de Down.

El Universo nos ama y halla la forma de protegernos, y a las familias que nos acogen, a ellas también; sabias guerreras del bando de la Luz.

Finalmente, fuimos rebautizados con el segundo apellido, utilizaba el de su madre primero, Sir John Landgdon Haydon Down.

Capítulo 3

¿Cuán casuales son las cosas que nos suceden, las personas con las que nos cruzamos, los lugares a los que vamos, los proyectos que emprendemos…?

¿Cuánto hacemos nosotros y cuánto nos viene dado por la simple coherencia del destino de nuestras habilidades predeterminadas?

¿Si la configuración única de nuestra existencia es la que escribe nuestra historia, cuán fuerte es ese destino y cuánto debemos serlo nosotros para cumplir con él?

Como deseada fruta de verano llegó la familia Barmbi, con Big Josh a la cabeza, a nuestras tierras. Y con mucha facilidad acordaron con mis padres la forma de unir los caminos y prosperar juntos en el rancho.

—La vida aquí cuesta trabajo pero es confiable. —le dijo mi padre, orgullosamente aimara, a Josh.

Mis padres estuvieron siempre encantados de poder ayudar una tan linda familia de recién llegados desde tan lejos.

—Un lugar seguro y saludable en plena naturaleza es justo lo que necesitamos. —suspiró agradecido Josh.

A mis padres nunca les importó mucho el dinero; en el rancho hemos tenido siempre tanto cuanto hemos necesitado y, compartirlo con los demás junto al trabajo que nos cuesta, es algo natural en nuestra cultura como en la del resto de los pueblos originarios repartidos por todo el planeta.

Mis abuelos se habían esforzado bien por transmitir todos esos valores durante su legado de vida; igual como lo hacían mis padres ahora en el suyo; y tantas generaciones desde milenios antes suyo.

Me dijeron que hubo un tiempo en el que vivimos en La Paz, pero apenas había yo cumplido mi tercer año de vida, que el abuelo se enfermó, y junto a él y la abuela inmediatamente regresamos.

Como si mi vida iniciara entonces, ningún recuerdo anterior se grabó; los de mis abuelos, en cambio, inmunes al pasar del tiempo, tan difusos en la cabeza como reconfortantes para el corazón, resonarían entre los rincones de mi memoria más lejana por siempre jamás.

El calor y la ternura eran del regazo de mi abuela al vaivén de su mecedora. La voz, de mi abuelo, un sonido ronco acompañado siempre por un delicioso olor que interrumpía continuamente sus historias; las demasiadas pausas dramáticas que disfrazaron de caladas, aquellos dichosos cigarrillos.

Como ceniza al viento de su porche, con tan solo unas pocas semanas de diferencia, juntos se desvanecieron los dos. Dulce y delicado, el camino de regreso al descanso que para sus almas habían deparado; cálido y suave el manto de familia y amigos que los arroparía hasta el fin.

Para mis abuelos había tres cosas fuera del alcance de la elección del hombre: la vida, la muerte y el amor. Los tres pilares que definían nuestra entera existencia eran como tres regalos cuyo sentido debíamos aprender a desenvolver durante el transcurso de la misma, o bien después.

Llenos de paz y profundo agradecimiento por cómo les habían sido dispuestos esos tres presentes recuerdan siempre, mis padres, los últimos días de vida de mis abuelos. Un paraíso de salud y belleza del que cuidaron como a su casa, el nido que los vio nacer; un amor para toda la vida con un montón de amigos para compartir, la familia que pudieron construir; y una dulce despedida de todos al morir.

Los frutos del huerto que con su luz habían plantado se multiplicarían por el tiempo, perpetuándolos eternamente; las huellas de los hechos que sus vidas habían inspirado rebotarían por las paredes con el eco de los que más pudiéramos recordarlos; contando sus historias mantenemos encendida la antorcha de su memoria.

—Acercando las nuevas generaciones a los propósitos originales de sus raíces ancestrales. —que decían mis padres con su sabiduría aimara.

Rara era la ocasión, en cambio, que quisieran comentar nada sobre los tiempos en los que vivimos en La Paz.

—Aquí estábamos mejor. —se limitan a repetir a menudo.

Buenas semillas y tierras fértiles que cultivar alimentan de libertad la saludable

vida de los pueblos del altiplano. Ningún lujo moderno puede compararse al escenario natural que aquí nos embriaga con todo su esplendor: —¡*Sempre i a tothora!* —que repetía continuamente Joan, el buen amigo de tío Josh en su idioma natal, el catalán.

Como un gran enamorado de la naturaleza, nada le gustaba más que salir a su encuentro, y de camino a alguno de sus inacabables destinos por recorrer solía pasar largas temporadas en el rancho con nosotros. Un viajero que disfrutaba compartiendo con sus conocimientos, como la abeja polinizando a su paso con las flores de sus destinos.

Él fue quien nos trajo a Oth de sus amadas tierras de mar y montaña, un fiel perro pastor de raza: '*Muntanya dels Pirineus*', el que llegó en una de sus primeras visitas aún siendo un cachorro, y que terminó por quedarse.

—¡Cómo voy a llevármelo ahora de aquí! —exclamó.

Josh y Joan se habían conocido en Noruega cuando coincidieron como estudiantes de intercambio en la *Norges Handelshøyskole* de Bergen. Una prestigiosa escuela de negocios al norte de Europa, que se había establecido años atrás en aquel tranquilo pueblo de pescadores para dar educación a los hijos de los trabajadores de la industria del petróleo.

Jugaron a fútbol juntos en un equipo de noruegos y expatriados que se daba cita, siempre que el tiempo lo permitía, en el campus de la facultad. El deporte era como un idioma universal para aquella heterodoxa amalgama multiétnica de llegados de cualquier parte; un lenguaje en común que, en mayor o menor medida, todos sabían hablar; y en el que hasta el más tímido podía libremente expresar toda su particular singularidad.

Numerosas excursiones llenas de naturaleza e historia vikinga fueron las que compartieron durante aquellos meses de intercambio cultural. Sembraron sus oídos las leyendas de aquellos arrojados marineros que, arraigados a la tierra y conectados con los dioses, habían poblado aquellas tierras milenios atrás.

—Dioses en nombre de los cuales tantos pueblos habían alejado sus caminos de toda espiritualidad. —pude escuchar lamentándose a Joan.

Muchos más partidos desde aquel entonces compartirían Josh y Joan. Tantos como nuevos destinos que recorrerían, antes de terminar reencontrándose en nuestros elevados montes, que tan andinos como noruegos son.

—¿*Tothora*? —le pregunté yo intrigado por aquella expresión que de algún modo me resultaba familiar.

—Significa: ‘a todas horas’ en catalán, y es una de mis expresiones preferidas aunque debo reconocer que la utilizo incorrectamente. —comentó visiblemente contento de explicar.

—Es como puede sentirse el amor de la madre naturaleza por éstas tierras: ¡*Sempre i a tothora*! —repitió viniéndose arriba.

—‘*Tot’* y ‘*hora’* son dos palabras, una masculina y otra femenina, que curiosamente al unirse forman otra para la que ni el tiempo ni el género pasan a importar. —continuó.

—¡Qué bonito! —exclamé entre sorprendido y enamorado a la vez.

—Y además forman una palabra de siete letras. —añadió con cierto aire de misterio.

—¿Y qué tiene el siete? —pregunté yo con mi inocente curiosidad que es de mecha corta.

—El arcoíris tiene siete colores como la escala musical siete notas. Es un número conectado a lo divino en la Naturaleza que ya aparecía en los textos más antiguos de todas las civilizaciones, cargado siempre de relevancia y enigmática simbología. —me respondió, más seriamente, para sentarse y continuar más cómodamente.

—Dios descansó al séptimo día de la Creación según el Génesis, el primer libro de la Torá judía y también del Antiguo Testamento cristiano. Y lo mismo venimos haciendo los hombres desde los tiempos de los sumerios, y los babilonios después, en el séptimo día de la semana, el sábado. Tanto para el judaísmo, con el *Shabat*, como para el islam, en el *Al-Sabt*, el sábado representa siempre un mismo periodo de reposo, espiritualidad y retorno a Dios. El cristianismo añadiría posteriormente, el domingo, sin menoscabo alguno por el sábado, para conmemorar la resurrección de Jesús. —me siguió explicando Joan.

—El que era tan judío como hijo del mismo Dios de todos los pueblos. —se le escapó, incontenible, el pensamiento por cuán ridículas son todas las disputas en nombre de la fe.

En el hinduismo el sábado es ‘*Sani’*, o Saturno, un planeta con una maldición por

parte de su propia esposa, por la cuál todo cuanto mire quedará destruido.

—Imagino que de muchas maneras distintas podrá apelarse al reposo, la espiritualidad y el retorno a Dios. —comentó sonriendo Joan.

Me senté también, la plática estaba poniéndose ciertamente muy interesante.

—Siete vueltas dan los musulmanes alrededor de la *Kaaba*, el 'cubo' en árabe, en la *Bayt Allah*: la 'Casa de Dios' de la Meca; el lugar más sagrado de peregrinación islámica y, la *alquibla*, la dirección dónde dirigir todas las oraciones.

—Siete versículos encabezan el Coran como siete rezos a Dios: los siete *Ayahs* de la *Al-Fátiha* son. —prosiguió.

—Siete sabios videntes aparecen en los textos más sagrados del hinduismo como siete Espíritus de Dios, en el Apocalipsis; un texto sagrado para cristianos, judíos y en el islam como todas las religiones seguidoras de Abraham.

—Siete velas como siete brazos de luz en la *Menorah* judía; tres a cada lado de un mismo tallo central; así como lo hace una planta de la Creación por esas mismas tierras, entre los montes de Gaza y Jerusalén: la *Moriá* o Salvia Palestina.





De su chuspa, entonces, sacó un pequeño libro que parecía viejo, además de personal; una especie de cuaderno de bitácora con solapa de cuero verde desgastado con lo que parecían ser sus anotaciones de los viajes, y en las que se puso a rebuscar.

—Todos los pueblos hermanos en las mismas tierras de Dios deberían aprender a compartir. —pude escucharle decir en voz baja, para sí, mientras seguía escudriñando enajenado de mi, entre las tupidas páginas de aquel libro.

Yo permanecí en silencio, qué iba a decir, sus palabras eran como música para mis oídos; una dulce melodía de conocimiento llegándome al alma con la luz de su verdad.

—¡Aquí están! Los siete pecados originales. —exclamó, finalmente, aliviado Joan.

Los siete caminos para acercar las almas a Dios; siete propósitos de enmienda en los que trabajar, individualmente, como siete caballos de batalla indomables para elevarse, de la vida terrenal a la espiritual.

La justa medida de cada uno, cada uno en su relación particular con Dios, los que la podrán decidir; hablando Él con voz distinta a cada uno, sólo Él con cada uno, los que podrán juzgar.

Y a continuación, entre leyendo y recitando, los enumeró:

Soberbia: *"…al orgullo le sigue la destrucción; a la altanería el fracaso."* Proverbios 16:18 de la Biblia; humildad y amor, los antídotos.

Envidia: "*Amaos los unos a los otros. Así como yo os he amado.*" Juan 13:34; caridad y amor, las virtudes que la combaten.

Avaricia: "*Los que quieren enriquecerse caen en la tentación y se vuelven esclavos de sus muchos deseos (…), el amor al dinero es la raíz de toda clase de males. Por codiciarlo, algunos se han desviado de la fe.*" 1Timoteo 6:8–10; generosidad, sencillez y amor.

Ira: *"…que, ni el enojo dure hasta la puesta del sol, ni dé cabida al mal."* La Biblia, Efesios 4:26–27; paciencia, sosiego y amor, dones para frenarla.

Lujuria: "*Huyan de la inmoralidad sexual (…), pecan contra su propio cuerpo*." 1Corintios 6:18–20; respetar la sexualidad como acto sagrado al servicio de la unión del amor.

Gula: "*…los que beben mucho vino y los que se hartan de carne, borrachos y glotones, por su indolencia, acaban harapientos y en la pobreza*." Proverbios 23:19–21 de la Biblia; agradecimiento, templanza, medida y amor por el sagrado alimento de unos, el sacrificio de otros.

Pereza: Levantar el camino con la fortaleza de espíritu para lograr el trabajo que nos haya sido encomendado. Cada uno haciendo el suyo, o remando para encontrarlo, con la fe de que a su alcance estará.

Cierto aire de misticismo envolvió el nuevo silencio que se generó, y durante unos instantes nos quedamos reflexionando como dos mudos en la cima de aquella conversación.

—Pues la totora aquí es una planta donde vive un lindo pajarito, justamente de siete colores: ¡El Tachurí de la totora! —me sorprendí yo mismo rompiéndolo a él por completo.

—¿Qué? —sólo pudo abruptamente preguntar Joan, mientras me devolvía la atención desde algún lugar entre sus pensamientos donde lo había sorprendido con mi ocurrencia.

Y una carcajada imparable nos brotó a los dos.

—Tal vez estén ahí para que prestemos atención sobre esos juncos como una señal de la madre naturaleza para con una de sus joyas. —me comentó afectuosamente.

De cuclillas, apoyado sobre una de sus rodillas, me sonrió cariñosamente mientras me despeinaba la melena, revelando resignadamente su escaso manejo de los designios de la Creación.

La totora es una de las plantas nucleares en nuestra cultura andina ancestral. Ya crecía entre las gélidas aguas de los fríos humedales del gran Titicaca desde mucho antes de los primeros asentamientos del hombre, por entre las faldas de nuestras extraordinarias cordilleras.

Cuentan las historias de los pueblos de la región que hubo un tiempo en el

que los hombres convivieron con unos extraños seres: los *Apus* o ‘dioses de las montañas’. Éstos traerían prosperidad y ayudarían en el trabajo de las tierras; de todo habría, y en abundancia, además de protección les dijeron, siempre y cuando permanecieran lejos de unas cumbres donde ardía un fuego sagrado.

La palabra *titicaca* en quechua significa: ‘puma de piedra’.

Se dice que cuando los hombres desobedecieron y subieron a esos montes prohibidos, los *Apus* les lanzaron unos “pumas” para acabar con todos; todos excepto una pareja, un primer Adán y Eva andinos que dejaron sobrevivir.

El Dios del Sol, *Inti*, ante tal masacre lloró durante cuarenta días y cuarenta noches creando así el lago Titicaca. La joven pareja se refugió en una gran barca y los “pumas” se convirtieron en piedra.

Tal y como en el arca de Noé, tras el diluvio universal, nueve generaciones después de Adán una pareja iniciando la vida para la humanidad; y tantos grandes depredadores de la Tierra que terminaron sus días convertidos en piedra; piedra de hielo tras cada glaciación.

Otras historias hablan de una gran ciudad escondida bajo las profundidades del Titicaca; restos, seguramente, de otra gran civilización que a la madre Naturaleza le azarearía tener que devastar.

Tanto como un alimento para los estómagos, o parte de una medicina natural, sanando de enfermedad, incontables son las generaciones que han crecido y perecido junto al tallo y la raíz de la totora. Civilizaciones enteras que han construido sus vidas alrededor suyo. Con la totora se hacían cestos y sombreros de todo tipo como un sinfín de artículos para el ajuar; se tejían las barcas y construían los puentes, los techos y el resto de casas; las resistentes cuerdas de sus fuertes hilos llenaban de abundancia y prosperidad la buena vida de los pueblos del lugar.

Uno de esos pueblos, los Uros, pusieron literalmente sus vidas a flote de islas enteras hechas de totora. Fue la solución que encontraron para mantenerse a salvo en los tiempos de unas extrañas guerras que asolaron al mundo, al final de la Edad del Bronce.

Aún a día de hoy sus descendientes siguen surcando esas mismas aguas del Titicaca que los vieron nacer.

A las órdenes de unos propósitos nobles, impermeable y resistente, una fiel servidora de la Creación: la totora.

Hay un elemento en el Universo que lleva gravado a fuego en el corazón de sus entrañas, el número siete; siete protones, neutrones y electrones lleva orbitando alrededor de cada uno de sus átomos, el nitrógeno.

En tres cuartas partes del aire que respiramos, un gas estable que apacigua al combustible oxígeno para que aliente las distintas formas de vida sin todo prender.

En la tierra, mediante hongos y bacterias, las plantas lo absorben en su justa medida para crecer, y a través de sus frutos lo van distribuyendo después.

—Desde lo más pequeño se construye lo más grande. —que decía mi madre para que hiciera los deberes.

La naturaleza hace los suyos y con su verde manto de alfombra vegetal va cubriendo todo cuanto puede.

El nitrógeno, en “lo grande”, el séptimo elemento en abundancia del Universo conocido; mientras en “lo pequeño” se encuentra definiendo todas las cadenas de ADN, en las células de todos los seres vivos de naturaleza orgánica.

En manos de fines innobles de unos pocos hombres, tristemente convertido en un tóxico contaminante enfermando desde la raíz, la salud; o en unos infames explosivos a las órdenes de la peor sinrazón de dolor, muerte y destrucción; la guerra.

Por algo se lo conocía, antiguamente, como *Ázoe*, el azote.

Capítulo 4

Rica y milenaria la historia, el arte y la gastronomía grabadas en las vidas de las gentes del pueblo originario. Serena y confiada la genética de su sabia personalidad. Un carácter libre y despreocupado se infiere en la naturaleza de las personas crecidas sobre tierras de abundancia. El trabajo nunca falta, ni tampoco sobresalta; fértiles y agradecidos son los frutos cultivados con el propio sudor.

Rebosan de generosidad las leyes del Universo para los pueblos que saben recordarlas, en su forma de vivir.

Las nuestras, unas comunidades sostenibles vestidas de solidaridad; resistentes paraguas de convivencia velando los unos por los otros, por laderas, bosques y orillas de la madre Gaya, para que nadie quede solo bajo la lluvia.

El extranjero es bien recibido, y un motivo de curiosidad.

¿Qué conocimientos cargarán a sus espaldas esas abarrotadas mochilas?

¿Qué historias contarán sus recorridas botas llenas de barro y de qué trabajo estarán hechas sus desconocidas manos?

El sol brilla cercano en el cielo de nuestro salón, una hermosa cordillera son las paredes de nuestro hogar, y en la despensa tanta agua y frutos frescos como podamos necesitar nos invitan a la generosidad.

El viajero que llame a la puerta de una casa andina sin duda hallará, esperando del otro lado, de esa hospitalidad del pueblo ancestral dándole la bienvenida.

Naturalmente que la llegada de los Barmbi a nuestras recónditas tierras del norte del Titicaca originó un gran revuelo, una familia de australianos estableciéndose en un rancho local de nuestra remota Villa Independencia era algo sorprendente e inhabitual; noticia reseñable que recorrería durante semanas los principales tabloides de la región.

La ilusión y el coraje se contagian mejor que ninguna plaga; junto al arrojo

y la determinación de los Barmbi, la combinación imparable que revolucionaría la vida de nuestro rancho. De lo que puedo estar seguro es de que en quién seguro pensaron mis padres fue en mi, que pasé de ser hijo único a tener tres nuevos hermanos y un tío más con los que jugar. Una sabia bendición la de aquella generosa decisión, unir los caminos de ambas familias cambiaría la vida de todos, y sin duda que lo haría para bien.

Tío Josh como almirante retirado de la marina australiana, '*The Royal Australian Navy*', había aprendido a preparar minuciosamente los planes antes de pasar a la acción.

—¡Estudiar bien el cañamazo antes de cortar la tela! —decía.

Y cuando el momento llegó nos pusimos todos a tejer a las órdenes de su meticuloso plan para ir viendo como, con mucho esfuerzo y trabajo, nuestro desarrapado rancho se iba convirtiendo en un gran telar.

Los primeros recursos se destinarían a mejorar el equipamiento y las instalaciones en general.

—Una buena base sobre la que construir. —como dijo Josh.

Posteriormente se ampliaría y reformaría, por completo, la casa principal. Dos alas nuevas se añadirían, una a cada lado del edificio central, y en cada una de esas alas iría a vivir, respectivamente, cada una de las dos familias originales.

En la parte delantera, y la más cercana a la entrada principal, una construcción completamente nueva recibiría a los Barmbi. Y en la de detrás, sobre la base de un antiguo cobertizo, con vistas al viejo pozo y las tierras de la finca se habilitaría nuestra ala, el ala Sephora.

Ni un ápice del encanto natural de su estructura original se perdería en aquella otra zona, más tranquila y artesanal.

El bloque central se quedaría con todos los espacios comunes: cocina, salón y comedor; además de unos extensos baños y los dormitorios de invitados en las plantas superiores.

Entre dos humildes puertas, un estrecho pasillo hacía de puente aislando, interior de exterior; austeramente recibía nuestro recibidor. Y a cada lado de sus dos paredes enfrontadas, tozudamente colgaban unos colgadores, los que estaban siempre abarrotados. Aquel era un espacio reducido y lleno de trastos sobre el que transitar: abrigos, bufandas, guantes y sombreros; botas, bastones, un hacha, una pala o herramientas de todo tipo, hasta un trineo de nieve, cualquier cosa te podías encontrar; y en el suelo unos enormes felpudos detenían los pies, y los ponían a bailar.

Lo concurrido de aquel recibidor hacía, habitualmente, algo difícil dar rápidamente con lo que cada uno estuviera buscando. Y así empezó a aceptarse, hasta hacerse una práctica habitual, que cada uno se agarrara lo que mejor le fuera para resolver su necesidad. Y empezamos a prestar más atención sobre aquellos artículos que veíamos rotar con más asiduidad; los que por su falta más veces escucháramos reclamar; para con más detenimiento poderlos analizar: ¿Cómo eran y qué los hacía mejores a los demás?

Así fuimos averiguando cada vez más sobre ellos, sus características y secretos; las razones de su éxito. Un conocimiento fiable el que inspiraba el valor del uso a la práctica. El que fuimos acumulando y ampliando con cada nueva forma de aplicar que encontrábamos. Y si alguna fracasaba aprendíamos también, con el porqué.

Permanentemente, descubriendo y mejorando nuestra forma de vivir; aprovechando el conocimiento que íbamos atesorando para hacer frente, más fuertes cada vez, los nuevos retos de la supervivencia; un raudal inagotable de cambio, el que iría marcando el ritmo de nuestro progreso, o de nuestra extinción.

Reparaban fácilmente las piezas; conjugaba bien lo nuevo y lo viejo, cuando ambos provenían de unos mismos principios, los de la vida.

Al entrar a la casa, una vez cruzado el recibidor, todos los espacios comunes giraban alrededor de un amplio salón con un corazón de fuego en el centro, la chimenea que calentaba todas las estancias, de la cabeza a los pies. Envolviendo la planta principal se distinguía más, si cabe: ¡Qué buena energía la que se daba a su escalfo!

A la derecha, el salón mutaba escalonadamente a sala de juegos; regalaba primero un futbolín; luego una mesa de pingpong; y aún otra más, pequeña y redonda, de esas con el tapete de fieltro verde para jugar a las cartas. Cuántas tardes de lluvia darían buena cuenta de tantas competiciones reñidas sobre ellas.

A la izquierda, en cambio, terminaba repentinamente. Una pequeña biblioteca concedía el espacio justo para dos estanterías con los libros de ambas familias, y el *bureau secretaire* de tío Josh, la vieja reliquia familiar que milagrosamente había logrado sobrevivir a todo el viaje desde Perth.

Al fondo, cocina y comedor convivían casi sin muros. Tan sólo unos pequeños biombos que tío Josh había hecho traer desde la India separaban imaginativamente ambos ambientes, desembocando en un porche exterior de amplios ventanales, los que llenaban el espacio de luz y vistas acristaladas.

Debíamos vernos como un entretenido escaparate desde afuera donde unos pocos árboles iniciaban un pequeño bosque, en aquella otra parte de la casa, y la más concurrida.

Las viejas escaleras de piedra que antiguamente llevaban a las plantas

superiores de los dormitorios lo hacían ahora igual, pero sobrevolando la biblioteca y el *bureau secretaire* de tío Josh, hasta alcanzar majestuosamente unos modernos aposentos.

Éstos constaban de tres habitaciones: una doble con una cama de matrimonio, enorme y prehistórica, de estilo colonial; la segunda, un poco más grande, que tenía dos camas individuales; y la tercera, tan grande como las otras dos juntas, repleta de literas ésta: dos parejas a cada lado que hacían cuatro, ocho en total.

Las dos camas de la segunda habitación tenían unas literas de refuerzo debajo, por si acaso teníamos que ser más. Una cabía en el suelo sin problemas. La otra, en cambio, cuando era requerida debía colgar del techo con unos soportes que la sujetaran; como una hamaca meciéndose por el aire, era la preferida de los más pequeños, que se columpiaban sin parar.

Durante el día el sol inundaba la casa con sobrada luz, pero en la noche debían ser unas pequeñas lamparitas que distribuíamos por todas partes, las que se encargaran de hacerlo de una forma práctica y eficaz. Las teníamos por cualquier parte donde se las pudiera necesitar: los cabeceros de las camas, la cocina o el porche, en los baños o el salón.

Los baños se repartían escalonando su tamaño al de las estancias: uno en cada una de las dos alas para cada una de las dos familias originales; otro en el salón, junto a la sala de juegos, tocando al comedor; uno más, el más sencillo éste, en la segunda planta; y el de la tercera, el más grande y comunal; cinco en total.

Tan duro como gratificante era el trabajo como sólida y acogedora la perenne estructura de nuestra casa; una mesa de cuatro patas ahora con lugar y de sobras, para tantos como tuvieran que venir, a compartir.

Conseguíamos toda la energía que necesitábamos de un molino de viento y unas placas solares que tío Josh había previsto ya en su plan inicial. Igualmente lo estaban los depósitos para el almacenamiento del agua de lluvia y el moderno sistema de última generación, para el tratamiento de las mismas: blancas, negras o grises.

El compost que producíamos alimentaba un huerto de uso doméstico que estaba pegado a la casa, y el sobrante se repartía por el resto de las tierras.

En esas tierras arrancamos primero con los cultivos del olluco, la quinoa y el yacón; a los que pronto seguirían la caigua, la oca y el frijol. Tío Josh los había escogido por sus valiosas propiedades nutricionales, la adecuación al terreno y por su dureza para resistir tanto plagas como las severas condiciones meteorológicas.

Con los seis cultivos alrededor del rancho pronto completamos un círculo, y en las seis direcciones que éstos señalaban seguimos creciendo de forma agro-

diversa, ecológica y sostenible.

En frente habían estado proliferando los monocultivos intensivos de las grandes corporaciones del capital, los que especulando con los recursos de todos ignoraban, temerariamente, los verdaderos costes de sus insaciables maximizaciones de beneficios. Más grandes, bonitos y resistentes, además de baratos, debían ser los productos; más baratas las vidas de las personas en realidad.

Trabajando para sus empresas y consumiendo sus productos, sin darse cuenta, las gentes se esclavizaban más cada vez; aceptaban los grilletes de un inhumano capataz, el capital, que sostenía con cada vez más indolencia una afilada espada de Damocles sobre sus cabezas; la que se hacía invisible a ojos del que ya había enfermado.

Escribía Quinto Horacio, el poeta, que:

«…para aquel que veía la espada desenvainada sobre su impía cabeza dejaban de tener dulce sabor los festines de Sicilia, con su refinamiento, ni el canto de los pájaros, ni los acordes de la cítara les devolvían el sueño. El dulce sueño de sus odas jamás desdeñaría las humildes viviendas de los campesinos, ni una umbrosa ribera.»

Según los intereses del capital, las alteraciones genéticas de las semillas serían para potenciar el crecimiento y la resistencia de los productos. Que estériles, sin pepitas, competirían mejor en los exquisitos mercados de unos exigentes consumidores. Un negocio más con el que esclavizar, en realidad. El monopolio de los cultivos, la propiedad de la despensa, la última gota del vaso que lograrían envenenar.

Mandando el dinero los políticos subían peldaños en una escalera de corrupción, los medios podían comprarse y, mediante algoritmos, la dirección de la opinión de las masas controlarse también, para luego ser vendida al mejor postor.

Doblegándose ciencia y tecnología a sus pies, tristemente maltratados los avances del hombre. Las leyes y la justicia terrenal lo harían poco después.

El capital, la bestia ahora, buscando nuevas formas de aislar al individuo, volverlo más vulnerable cada vez; dependiente e ignorante, asistido y dócil; menos libre, una presa fácil a devorar lentamente.

Un mar de inocentes llevándose por delante, larga la alfombra roja con la sangre de todos los que habían podido comprar primero; cubriendo con su terror las excesivas bombas de nitrógeno sobre la sagrada madre Gaya.

Si en algún momento del camino tuvo algún sentido para la humanidad, aquellos tiempos habían quedado ya atrás. La bestia saturaba al planeta y a todos enfermaba. Repletos de avaricia los bolsillos de unos pocos mercenarios;

muchos más los esclavos sometidos: ¿qué eficiencia era esa?

Demasiadas consideraciones ignoraba el cálculo de su mediocre ecuación. El agua, la tierra y el aire contaminándose, toda la vida deteriorándose hasta el agotamiento, una senda imposible. Un mejor paisaje debía estar por venir; la alternativa, la extinción.

Aguardando con infinita esperanza, el conocimiento del cambio en la caja de Pandora, hasta que por el bien de todos alguien la volviera a reabrir.

—*Pachampkamaña* —que decían mis padres con su sabiduría aimara.

Entender la tierra como un ser vivo, una parte más del mismo todo al que pertenecemos. Una hermana más con la que debemos aprender a convivir.

Tres principios regían en la vida de todo ser vivo, así como en la de la tierra, para los aimaras: *Wanunchaña*, la nutrición; *Achocayaña*, el trabajo; y *Purumayaña*, el reposo.

—Para mantener la salud por mucho tiempo. —concordaba Big Josh.

Aguas claras y libres bajando heladas por las cimas de nuestras montañas activan el ciclo de la vida en la tierra, al tiempo que riegan el jardín de nuestro Edén.

Tierras que nuestra comunidad, una responsable y consciente de la importancia del equilibrio universal, estrechando la distancia entre progreso y sostenibilidad, cuida abonando con sus desechos naturales; la nutrición: *Wanunchaña*.

Vigorosos y cargados de nutrientes los frutos de nuestro trabajo. Un trabajo que con amor hacemos para nosotros mismos y el que, gustosamente, compartimos con naturalidad: *Achocayaña*.

Cada año rotábamos los cultivos y dejábamos una parcela en reposo, con el pasto para el ganado y el abono de sus bostas, para su recuperación: Purumayaña.

Juntos los tres pilares de la vida aimara: *Pachampkamaña.*

El dinero cegando la razón,
un virus infectando de avaricia
los valores y leyes sagradas de la Creación;
cubriendo con su venda,
los ojos de la población.

Acto Segundo

Capítulo 5

Donde el uno se funde con el todo
se puede hallar a Dios;
los cinco dedos de una mano que todo lo puede,
los cinco elementos.

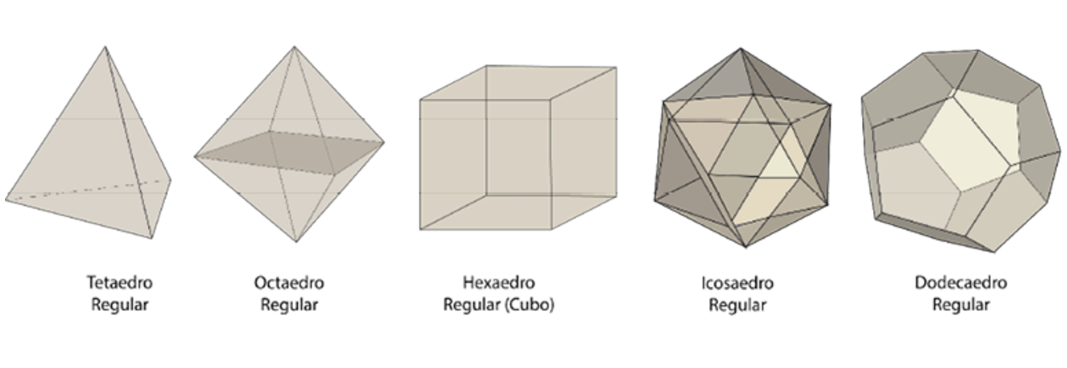
Fuego: el Sol, el corazón, el motor, la energía original.
Aire: las ideas, la cabeza, la imaginación volando en libertad.
Tierra: el cuerpo, los sentidos, la perseverancia, la estructura material.
Agua: el sistema circulatorio y el neuronal, el sensible portador de la vida que se amolda a quien lo contiene.
Éter: la quinta esencia del Universo, la sabiduría, la consciencia, el indocumentado invisible por el que peregrina la luz.

Sócrates y Pitágoras coincidían en el siglo quinto antes de Cristo,
Platón y Euclides les seguían de cerca;
la Geometría y las Matemáticas explicaban el Universo,
en aquel fructífero Siglo de Oro de la antigua Grecia.

Filosofía y Religión se les unían en la observación de la Creación,
para según ella construir la vida del hombre;
las evidencias materiales de la obra de un Creador,
hechos y principios sólidos sobre los que edificar;
grandes imperios del conocimiento los que se construyeron ya con ellos,
y Heródoto el historiador que daría fe.

Cinco poliedros regulares en la geometría son,
los que por caras tienen un mismo polígono regular,
el mismo número de ellas convergiendo en cada vértice,
y todos ellos tocando una misma esfera que los envuelve.

Los cinco 'sólidos platónicos',
maestría en el alumno que los conectó,
con los cinco elementos de la Creación.



Tetraedro: el fuego; 4 triángulos equiláteros por caras, dibujando la sombra de otro en la pared; 4 vértices, 6 aristas, 12 lados; 720 grados en total.

Octaedro: el aire; 8 triángulos equiláteros por caras, formando una pirámide doble, de base cuadrada; un rombo equilátero, o un cuadrado, el que dibuja su silueta; 8 vértices, 12 aristas, 24 lados; 1440 grados en total.

Hexaedro o **Cubo**: la tierra; 6 cuadrados por caras; un hexágono, el que proyectan con su sombra; 6 vértices, 12 aristas, 24 lados; 2160 grados en total.

Icosaedro: el agua; 20 triángulos equiláteros, por caras, convergiendo en 4 grupos de 5 pentágonos; un nuevo hexágono, la figura que se proyecta en su sombra; 12 vértices, 30 aristas, 60 lados; 3600 grados en total.

Dodecaedro: el éter; 12 pentágonos, por caras; un decágono proyectando; 20 vértices, 30 aristas, 60 lados; 6480 grados.

El Fuego: energía pura; ni masculino ni femenino, los dos a la vez.
El Aire: la libertad, expandiendo y oxigenando; un elemento masculino.
La Tierra: la solidez, la madre naturaleza; un elemento femenino.
El Agua: el fluir, la voluntad, la paternidad; elemento masculino.
Éter: lo sutil, el amor incondicional, la maternidad; un elemento femenino.

Una dualidad geométrica existe entre el aire y la tierra,
igual entre el agua y el éter,
los centros de las caras de uno forman al otro en su interior, y viceversa,

lo que el aire es para la tierra el agua lo es para el éter,
las caras de uno, los vértices del otro,
hablando la inquebrantable geometría.

6, la suma parcial de los lados de esos elementos duales entre sí:
$2+4=6$; con los 24 del aire y la tierra,
$6+0=6$; con los 60 del icosaedro y el dodecaedro.

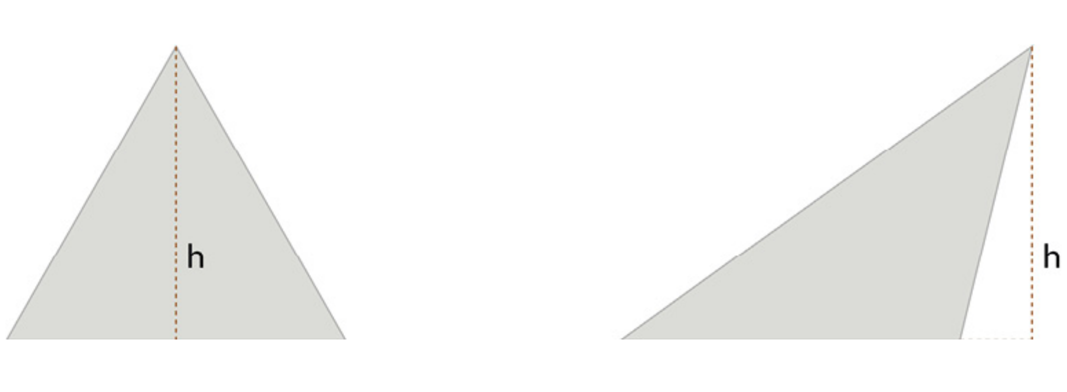
3, en el caso del fuego,
$1+2=3$; con los 12 lados del tetraedro;
unidad y dualidad, en cada trinidad.

6, el hexágono, la dualidad de trinidades,
una estrella de David;
2 triángulos iguales con un giro de 60 grados,
1/6 de vuelta la que los convierte en opuestos,
la misma que hacen las dobles hélices del ADN al enroscarse.

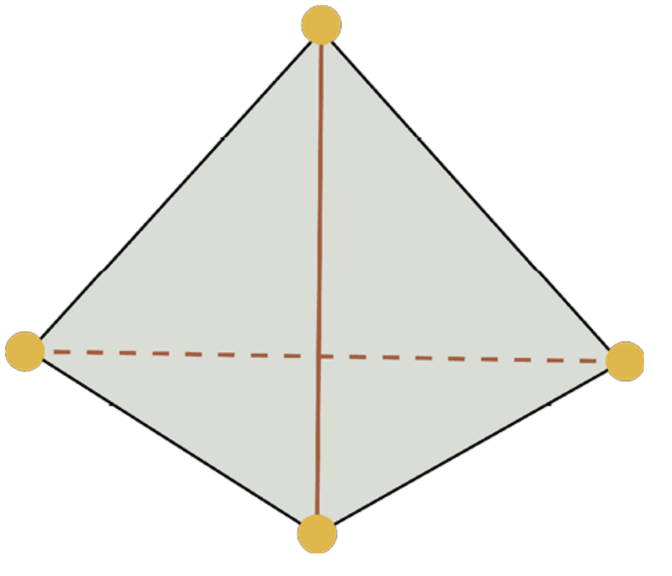
El triángulo,
la distancia más corta entre tres unidades;
padre, hijo y Espíritu Santo:

el padre, el espíritu,
lo que conecta todas las ramas al Tronco,
la Creación al Creador,
y a todas ellas entre sí;
el hijo, el alma, la aportación individual;
y el Espíritu Santo, el propio Dios en todo,
y en nosotros como partes de Él.

Una altura nace en cada ángulo del triángulo,
la distancia más corta entre el origen de cada vértice y su lado opuesto,
una línea recta perpendicular con cada uno de ellos, o su prolongación.



Cuatro triángulos, cuatro caras,
cuatro alturas y cuatro vértices,
dos pares de unidades en el tetraedro original,
las que haciendo una primera cruz,
se lograron equilibrar.



Tres caras en cada vértice convergiendo,
una santísima trinidad junto a la altura de cada uno reuniéndose,
donde todos tocan la esfera invisible que los circunscribe,
y todos, a través suyo, se conectan entre sí.

Las dos primeras unidades compartieron altura,
hasta donde proyectaron las fuerzas de esa dualidad,
esperó la tercera para un triángulo hacer,
el primer plano de la Creación.

Desde su ortocentro,
donde las alturas se encuentran y las fuerzas se equilibran,
elevándose la cuarta perpendicularmente,
para un tetraedro hacer,
el volumen, la nueva dimensión.

Cada nuevo equilibrio de fuerzas,
un nuevo plano,
una dimensión.

Toda forma de vida conectada a un mismo Todo del que proviene y forma parte,
y todas conectadas entre sí.

De raíz a techo como parte y mediante,

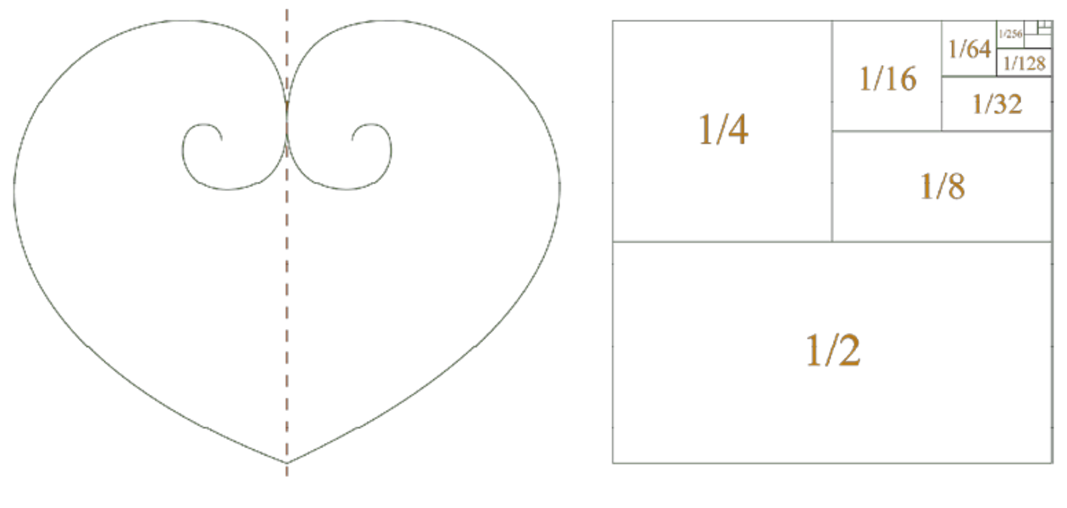
cada altura como la bolsa de un embrión que dos gemelos da,
dos tetraedros en cada pirámide de los egipcios,
dos triángulos rectángulos en cada isósceles,
iguales y opuestos, simétricos,
reflejándose sobre el eje de su propio espejo,
el de la altura que comparten.

Vórtices de energía elevándose en cada altura,
las vibraciones de cada dualidad,
para igualar las fuerzas entre opuestos.

Una cruz entre las cuatro primeras unidades del tetraedro,
4 polos, 1/4 de vuelta, 90 grados,
un primitivo giro de rosca en esa oposición,
las primeras líneas de la Creación.

De la línea a la cruz,
dualidad desde el origen de la existencia,
el fuego de la vida en cada unidad;
electromagnetismo entre dualidades.

Cada dualidad, una cruz,
los pliegues como se desdobla la vida,
dos mitades, la primera unidad,
que después serían 2, 4, 8, 16, 32, 64…;
la **Serie de la Vida**,
con la dualidad en el corazón.



En el oscuro y silencioso vacío de la nada,
en el infinito donde cualquier inicio termina por prosperar,
una primera crisis, nuestra primera dualidad encabezando las demás;
una unidad cogiendo consciencia de sí misma,
y acumulando energía hasta tener la de dos,
en la primera bipartición hallaría la solución.

Dualidad en el origen de aquel primer paso,
igual en todos los demás.

Si hubo más orígenes,
otros árboles contarán su historia.

Cada dualidad con la energía suficiente
para colmar la consciencia del reto auto-planteado desde la Raíz,
y trascender a un nivel superior,
o mejorar en el intento,
los necesarios habrá,
la vida, un camino de transformación sin fin.

Cada crisis de la dualidad, un reto,
una aportación a la redacción del Gran Libro del Saber Universal,
partes de un Gran Texto,
letras, palabras o capítulos enteros,
del Universo que escribimos entre todos.

Ese conocimiento en las alturas acumulándose,
clave para la solución de los retos;
cada altura individual, cada verdad,
la distancia más corta con Él y sus respuestas.

La relación de cada unidad con Dios,
una única y sagrada para cada una,
conectando Él con todas,
como todas, a través suyo, conectando entre sí también.

A imagen y semejanza del mismo Origen todas las partes;
la Naturaleza, el Universo y toda la Creación hermanados entre sí,
todas partes de una misma Raíz.

La dirección de los pasos,
una en la que la Vida salga reforzada merecerá la pena andarlos,
que nos demos cuenta de ello,
esperemos parte del plan.

Las unidades cogiendo consciencia de sí mismas,
elevando sus alturas a donde les corresponde,
en comunión y armonía con los principios fundamentales y todas las formas de vida,
acercándose a sus propósitos existenciales,
a la Luz.

A través de los sueños, la meditación y la imaginación,
en cada nacimiento como en la muerte igual,
hablando Dios con las partes;
transmitiéndose su Sabiduría Universal.

La vida siempre celebrando,
donde haya vacío poder llenar;
victorias ganadas a la oscuridad,
que en otra estará.

Vibrando juntos con desprendido amor,
proyectándose las dualidades,
escribiéndose la historia;
el Universo en construcción,

la continua transformación.

En el balance la virtud,
y un único Juez para juzgar;
la sabia Raíz en las alturas,
con el conocimiento de todas las partes,
la que mejor podrá valorar.

Uno para todos y todos para Uno,
de los afluentes al Río
como del Tronco a las ramas;
la construcción del Universo,
un circuito bidireccional.

Cada éxito y cada fracaso,
dando forma a nuestra expansión;
ramas enfermas que morirán,
otras más sabias nacerán.

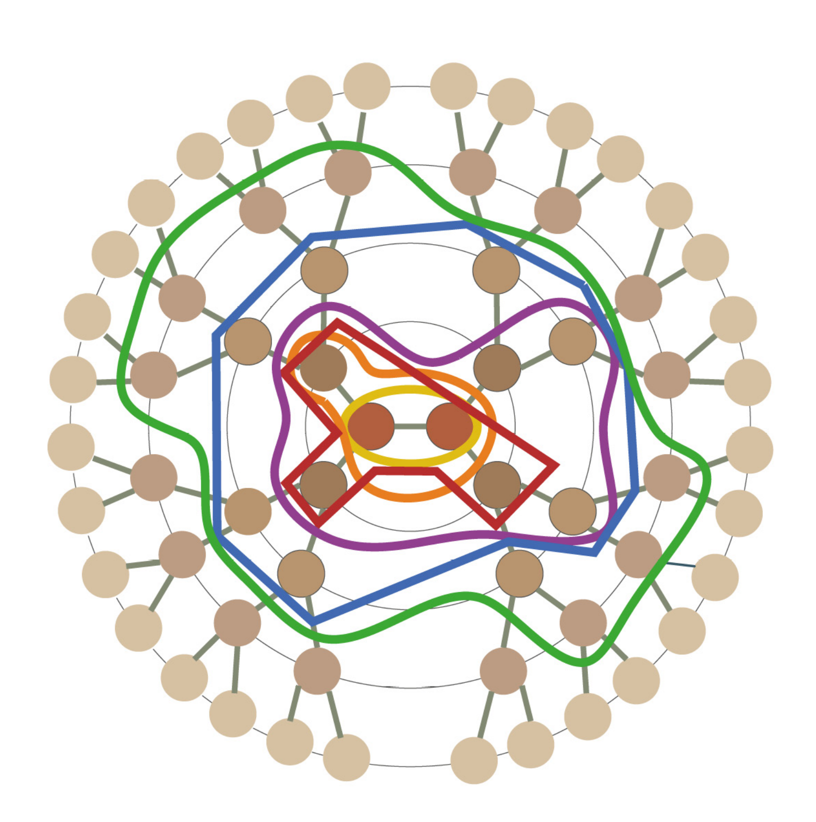
Otra serie en las matemáticas,
hay describiendo en la construcción del Universo,
la de la Vida sólo una:
la de la proporción en su forma de Crecer.

1, 1, 2, 3, 5, 8, 13, 21, 34, 55…

Cada unidad creciendo con el valor de la anterior,
y toda la historia acumulada hasta ella reuniendo.

Dualidad de fuerzas entre las dos series,
entrelazados sus espíritus opuestos:
masculina la de la Vida,
duplicando y expandiendo, el padre,
femenina la del Crecimiento,
abrazando y reuniendo, la madre;
desde el origen a las partes,
para cada empujón de la serie de la Duplicación,
la del Crecimiento desplegando sus formas,
con la proporción sagrada entre sus unidades,
según su forma de crecer.

Una madre que todos los caminos recorrerá,
para a todas las unidades recoger,
sin nada ni nadie olvidar.



Cada unidad con la siguiente, la posterior sumando,
pasado y presente, el futuro dando,
y más alto el salto de nivel cada vez;
más cercanos al pasado, y alejados del futuro,
antes de poder crecer.

La misma relación entre las unidades de esa serie,
entre las partes de la Creación,
a múltiplos de **1,618…** los que tienden;
infinitos decimales los de ***Phi***:

$Phi = \Phi = (1 + \sqrt{5})/2 = 1{,}618033988749\ldots$

Multiplicando ese número ***Phi***,
por sí mismo **25** veces,
y dividiéndolo entre **53400**,
por resultado: **3’141592...** = π = ***Pi***.

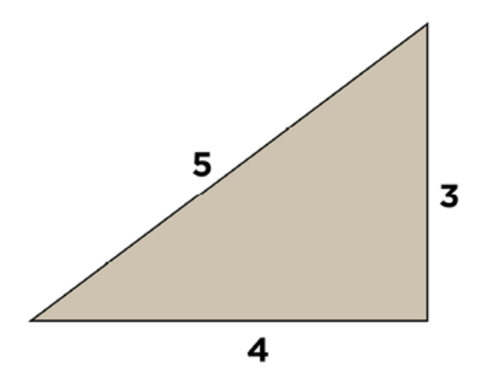
Infinitos decimales también los de ***Pi***;
en la relación entre la longitud y el diámetro
de la circunferencia.

$Phi^{25}/53400 = 3'141592... = \pi$

7, la suma parcial de **25**; 2 + 5 = **7**,
el número sagrado de la Creación en la Naturaleza;
***Phi*25** = **167761**;
un simétrico ‘*cap-i-*cua’,
con un dual **7**, en el centro,
y un **6** y un **1** a cada lado:
el **6**, el hexágono en el lenguaje matemático de la geometría,
el **1** en cada extremo, la Raíz que todo lo circunscribe.

167761 dividido entre **53400**,
la relación final con ***Pi***.

5, 3 y 4, el número de vértices posibles
en la base de los 5 poliedros regulares,
y las medidas de un triángulo rectángulo,
el sagrado Isíaco del antiguo Egipto,
con el que construían sus pirámides.



Del 1 al 2, del punto a la línea,
un Adán y una Eva en el origen de la Creación,
la primera conexión de la Construcción.

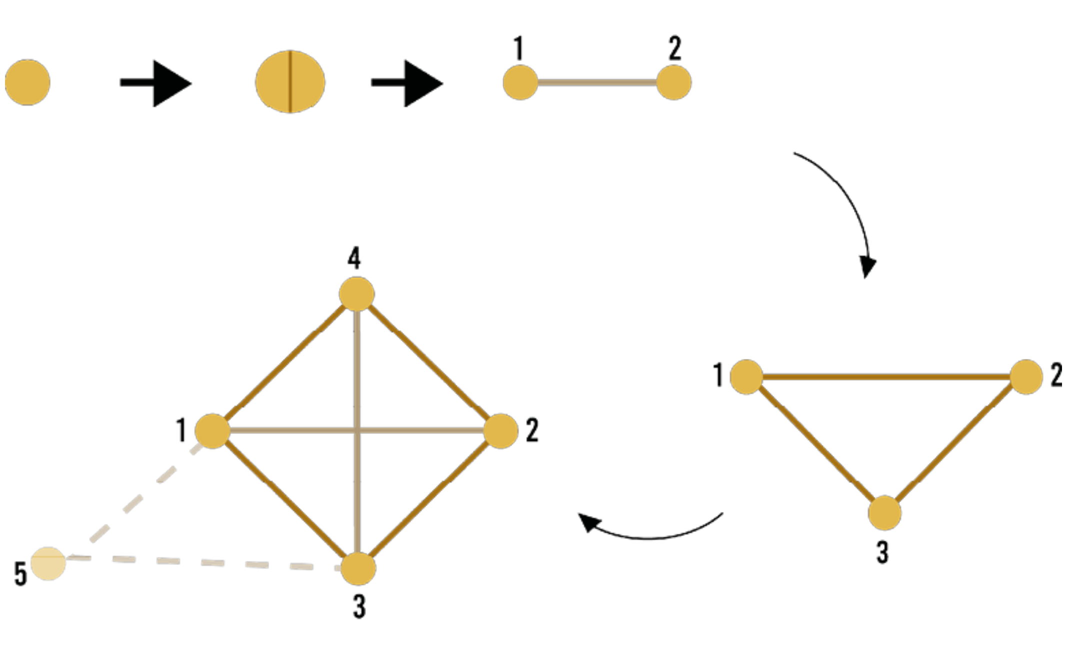
Gemelos y esposos en esa relación,
una línea invisible los uniría para siempre,
la más corta entre ellos,
el recuerdo de la primera Unidad, antes de ser dos,
el que en la Consciencia Original se grabó.

El pecado original entre esas dos primeras unidades del plano natural,
un remanente de la evolución transmitido hasta hoy,
el complejo de Edipo que recuperaría después Freud.

La distancia entre esas dos primeras unidades,
una altura original,
según las fuerzas de oposición de esa dualidad.

Cada dualidad, una cruz,
un giro en oposición desde la mitad,
determinando los ejes donde irán las demás.

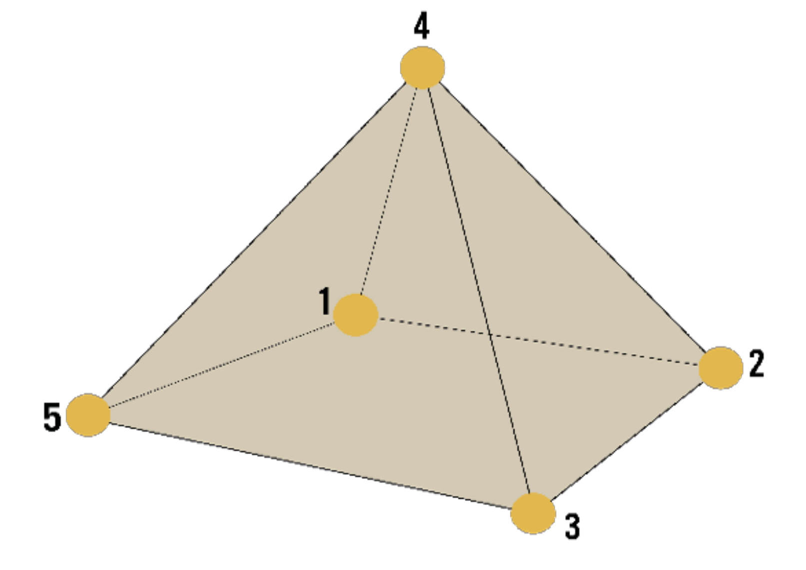
Dos mitades, una unidad,
la línea, la dualidad,
el triángulo, la trinidad,
con el tetraedro, el volumen, la primera Cruz.



Oponiéndose y atrayéndose las unidades,
según las fuerzas de las dos series:
duplicando la Dualidad;
determinando el número de ellas, la del Crecimiento;
de los nuevos equilibrios, las nuevas formas, en cada transformación.

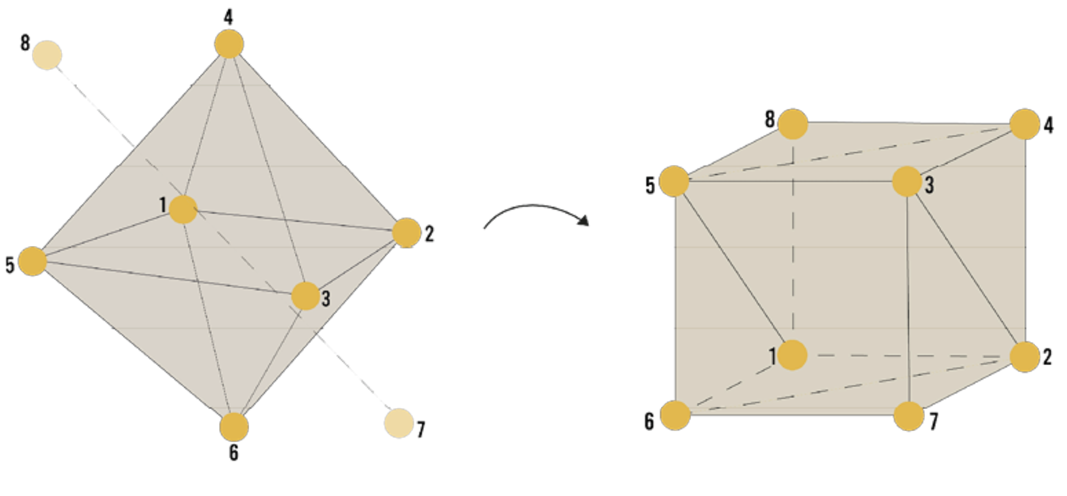
4 unidades en la segunda Duplicación; 2x2 = 4,
pero del 3 al 5 saltaba la serie del Crecimiento en el plano material,
la cuarta, en las alturas de otro plano debería esperar,
un **tetraedro**, la mitad de una pirámide primero,
el futuro volumen proyectando su aparición.

8 unidades en la tercera Duplicación; 4x2 = 8,
5 decía la serie del Crecimiento en el plano material,
una **pirámide** de 5 vértices, el tetraedro al desdoblar,
la primera figura con volumen de la Creación,
finalmente construyendo.



5 unidades en un plano,
las otras 3 hasta la octava,
en las alturas de otro esperando,
el tiempo irrelevante, junto a la Raíz,
la circunferencia que todo lo circunscribe;
cada forma, un nuevo paso hacia el siguiente,
al ritmo que va dictando *Phi*.

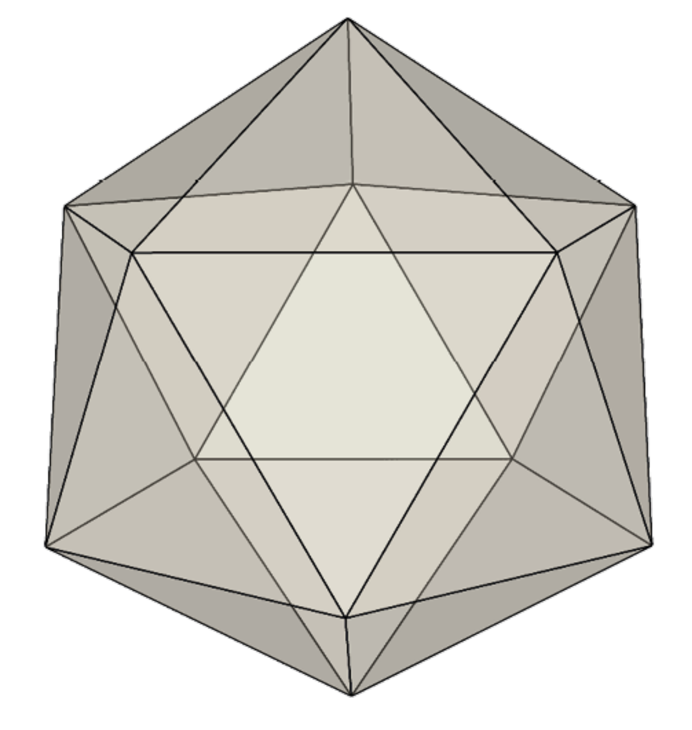
16 unidades en la cuarta Duplicación; 8x2=16,
del 5 al 8 saltaba la serie del Crecimiento,
con la pirámide al desdoblar,
pasando por un **octaedro**, de 6 vértices,
el sólido **cubo,** de 8 unidades,
finalmente construyendo.



Equilibrio de unidades entre planos,
en los tiempos de ese cubo,
8 unidades según el plano de la Construcción,
y otras 8, en las alturas esperando.

32 unidades en la quinta Duplicación; 16x2=32,
13 vértices según la serie del Crecimiento,
12 en realidad, en la geometría del **icosaedro** construyendo,
del cubo al desdoblar.

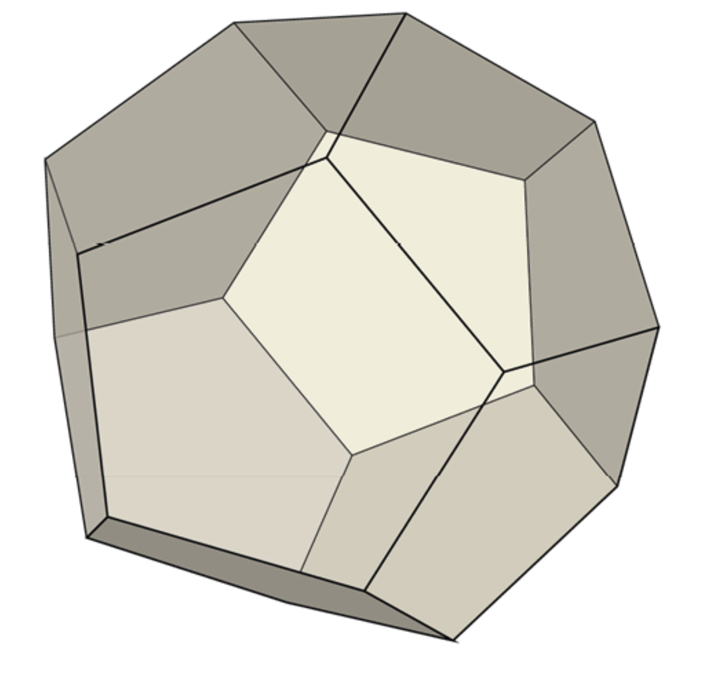
Jesús en el vórtice, la treceava unidad,
en ambos planos a la vez,
junto a Dios en las alturas,
y a los 12 apóstoles en el material.



64 unidades en la sexta Duplicación; $32x2 = 64$,
de suma parcial diez en el último poliedro regular; $6 + 4 = 10$,
21 vértices según la serie del Crecimiento,
20, en realidad, la geometría del **dodecaedro**,
del icosaedro al desdoblar.

Un nuevo Mesías en el vórtice entre ambos planos por venir,
y 20 apóstoles más con Él.

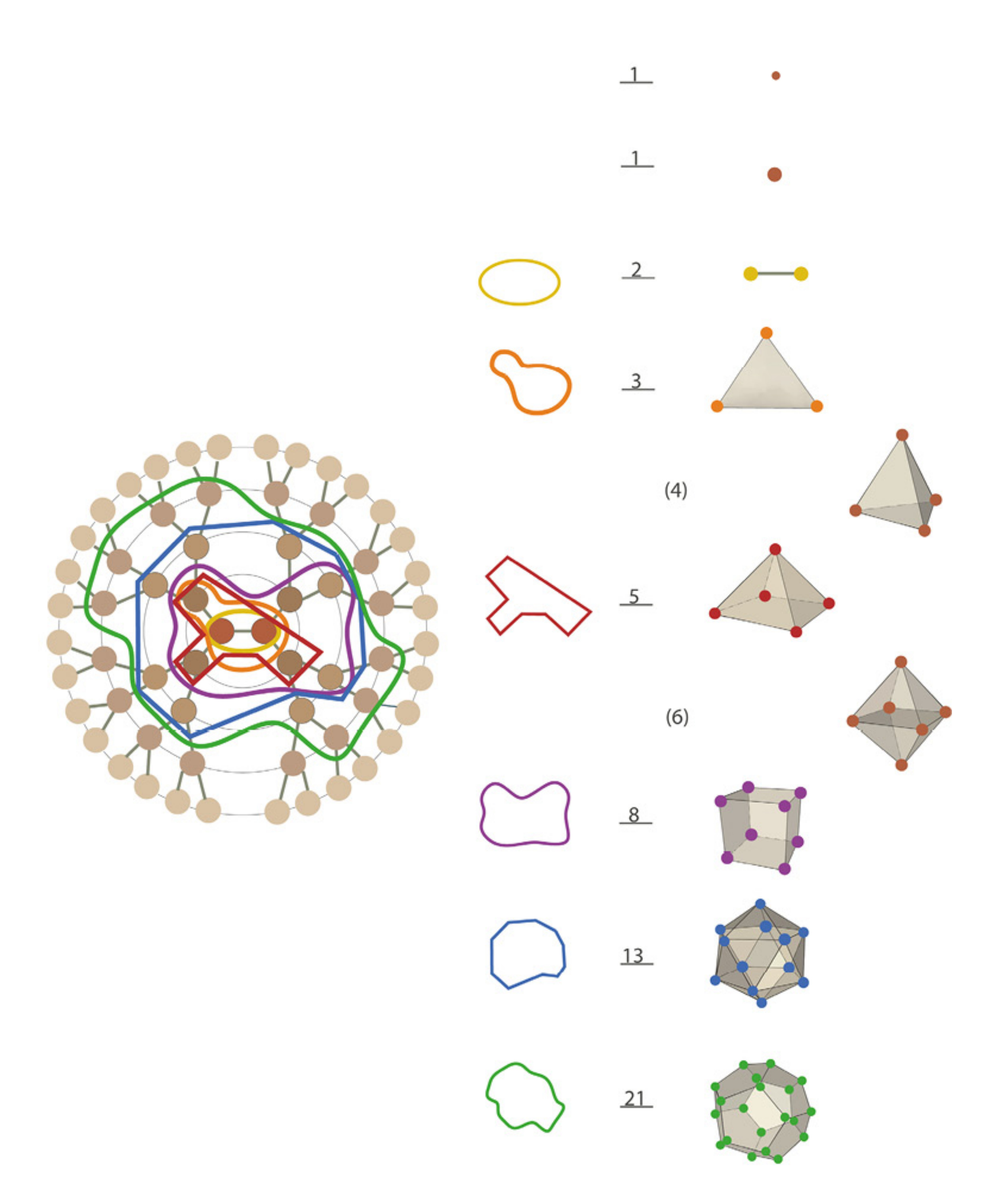
¿Coincidirá esa era del dodecaedro con la astrológica de Acuario?



Una unidad quedaría sobrando en el plano de las alturas,
en los tiempos del triángulo:
4 dictaba la serie de la Duplicación en ese su segundo paso,
sólo necesitaba 3 la Construcción,
en aquella transformación.

3 serían después en los de la pirámide,
8 en los del cubo,
19 y 43, en los de icosaedro y dodecaedro,
y en cada transformación más.

128 unidades cabría esperar en la siguiente Duplicación, 64x2 = 128,
34 vértices deberían ser según la serie del Crecimiento,
si 33 + 1 'qui lo sa';
las dos series seguro presentes en ese desdoblamiento,
como en todos los demás.



El triángulo, la base del tetraedro después,
pirámides, cubos, icosaedros y dodecaedros,
poliedros, ramificaciones, espirales y toroides,
de los nuevos equilibrios, las nuevas formas,

expandiéndose y recogiéndose las unidades a la vez;
en las partes como en el Todo,
Dualidad y Crecimiento según *Phi*.

Del organismo más sencillo al más complejo, todos Dios,
hablando Él a través de sus unidades,
y haciéndolo ellas también como un libro abierto para Él.

Divina la Justicia Universal,
todos representados en ella;
quien vaya en contra de la Vida, contra sí mismo,
una enfermedad.

Vórtices de energía en el centro conectando los planos,
las partes del terrenal,
a la Raíz celestial.

Una santísima trinidad en la base,
y el 'cuarto mosquetero' en las alturas determinando la Historia;
los hechos como ahí se dieron cita,
replicándose hasta la actualidad.

Una parte Dios,
otra la conexión con Él y el resto de unidades,
y cada reto individual, la aportación de cada hermana,
elevándose a la altura correspondiente.

El Universo, una orquesta organizada,
conectadas todas las partes como un conjunto armónico,
en lo pequeño como en lo grande,
en el tronco como en las ramas,
en nuestro sistema solar
como en todos los demás.

Las cadenas de ADN,
como el resto de dualidades,
escaleras doradas de conocimiento,
elevándonos a nuestra altura determinada.

En el balance la dicha,

y la geometría su pincel,
pintando desde el ombligo,
a toda la Creación.

En nuestros dedos como en los del nautilo,
en las curvas del río como en las olas del mar,
en los rayos y las tormentas,
en nuestro sistema circulatorio como en el neuronal;
dos series trabajando desde el Uno,
como el Uno haciéndolo para Todos.

Sumando unidades más rápidamente la serie de la Duplicación,
más lento el plano del diseño de la Creación.

¿Escucharán los ecos de esa más veloz expansión en la Conciencia Universal,
para la construcción del Universo material?

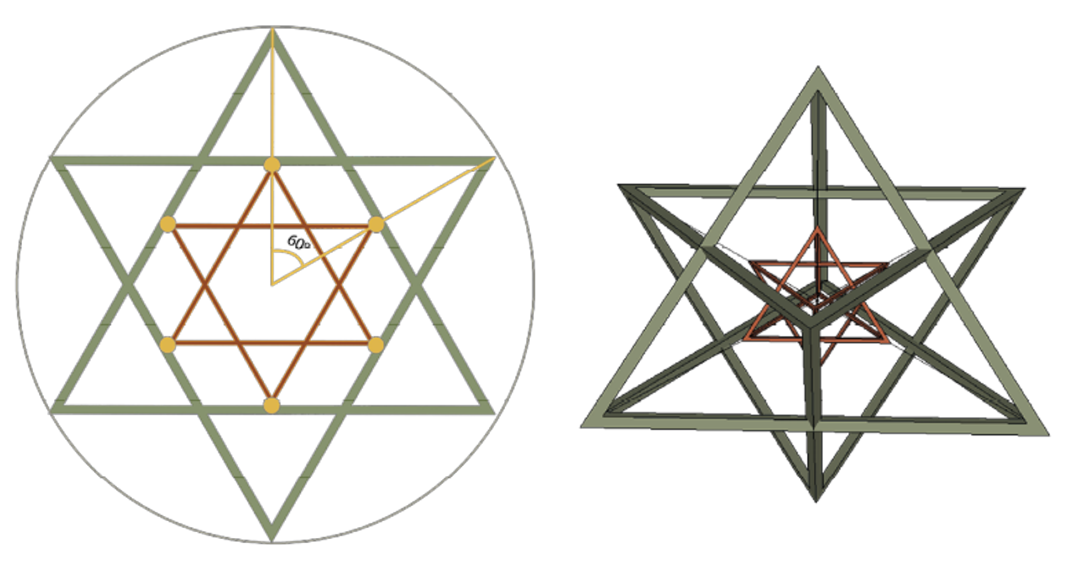
¿Serán esas unidades en las alturas aguardando por nacer,
las que dicten los hechos que han de suceder?

¿Cumplirán así sus propósitos existenciales auto-planteados desde la Raíz?

¿Realizando así sus aportaciones universales en el plano material?

Dualidad consigo mismo en el fuego original;
uniendo los centros de las caras del tetraedro,
otro tetraedro, 1/4 parte menor,
el que se obtiene en su interior.

Creciendo esas 4 veces,
donde todos los vértices tocan la esfera que los circunscribe,
otro se forma en perfecto estado de oposición,
con un giro de 60°,
una Estrella de David en tres dimensiones:
el *Merkavah*.



Seis vértices dibujando un hexágono en el exterior,
y otro, en el interior, con los puntos de conexión,
en el cruce de dualidades de las trinidades.

6, que 7, en realidad son;
el séptimo, el propio hexágono,
el Tronco del árbol, la Séptima rama.

El cordón umbilical con Dios,
nuestro altavoz más universal,
conectados todos con Él,
para entre nosotros hablarnos también.

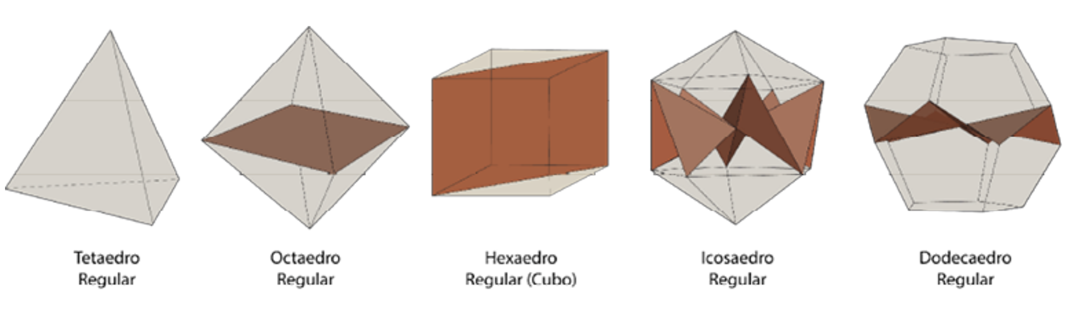
En las colmenas de las abejas,
o en los huevos de las larvas de una mariposa,
en el agua cuando se hace nieve de forma fractal,
como en la Calzada del Gigante o los Altos del Golán,
en la Salvia Palestina o la Menorah;
los hexágonos en la naturaleza,
de Siete ramas en realidad.





En el fuego de la dualidad original,
al desdoblarse la indivisible Unidad,
dos tetraedros construían una pirámide.

Una cara compartían,
una que quedaba escondida en el interior,
la que los unía y partía en dos.



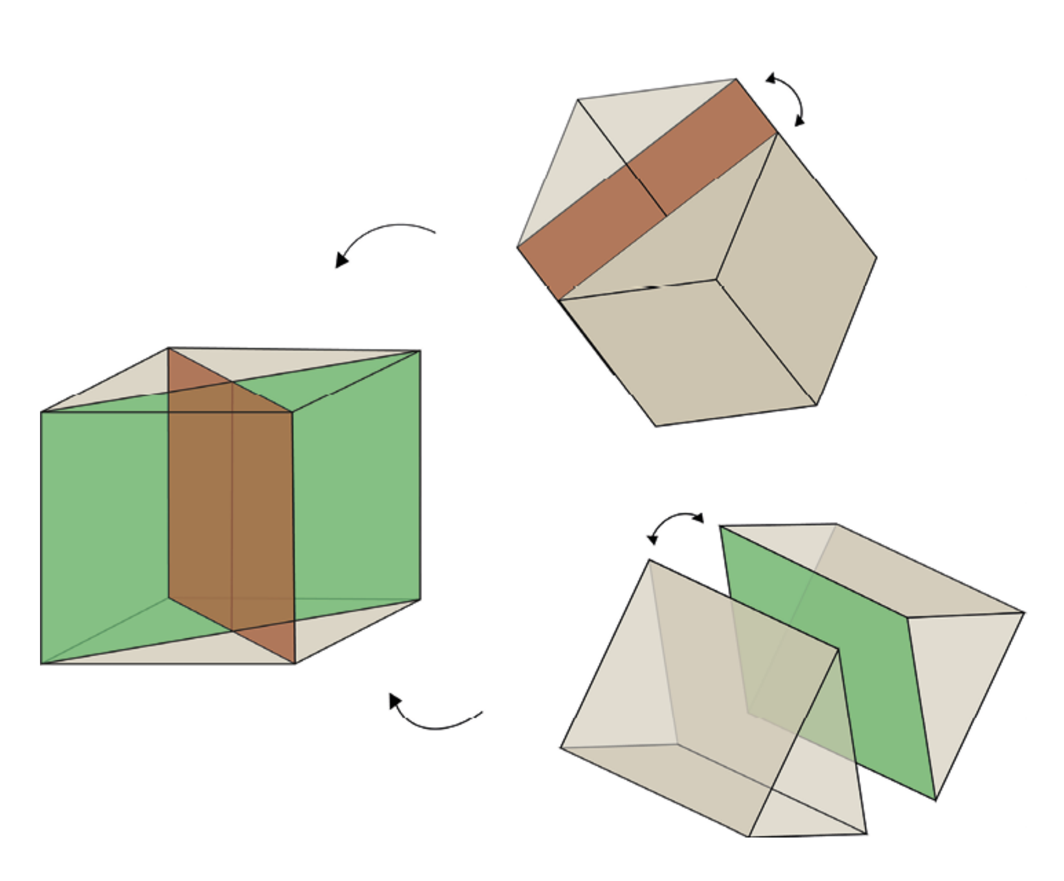
El tetraedro,
con sus 4 unidades en el segundo desdoblamiento,
una figura tan sencilla,
que por la unión de sus vértices,
ningún plano partía en dos.

Del 3 al 5 saltaba la serie del Crecimiento,

una pirámide de 5 vértices,
el tetraedro al desdoblar.

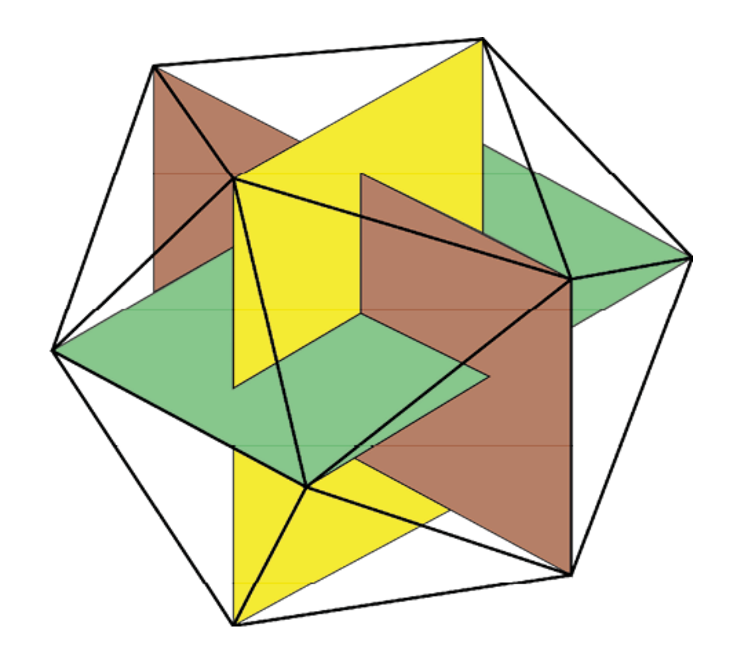
Un triángulo, con 3,
el plano partiéndola en dos;
$3+5=8$, el cubo con sus 8 vértices,
la siguiente transformación.

La figura de la armonía en los tiempos de esa evolución;
8 unidades dictaba también la serie de la Duplicación.



Dos rectángulos con las diagonales de la base de la pirámide y su altura;
dos planos opuestos señalando los 8 vértices del cubo.

6 vértices en cada mitad del cubo; $6+6=12$,
al unirse por su cara escondida, de 4,
pasan a ser 8;
$4+8=12$, el icosaedro en la siguiente transformación.



Tres rectángulos cruzándose en perfecta oposición,
los 12 vértices del icosaedro señalando,
11 a cada lado de un decágono, de 10, sumando 22; $11+11=22$,
que unidos hacen 12;
$10+12=22$, el dodecaedro en la siguiente transformación.

22 vértices en el dodecaedro cabría esperar,
pero 20 dice su geometría, en realidad,
ni el icosaedro tenía 12,
ni el dodecaedro, 20 o 22,
13 y 21 eran, en verdad, según la serie del Crecimiento.

La unidad número 13, el Mesías conocido,
la 21, si dual con Él,
la mujer Ungida por conocer.

Cielo y tierra,
agua y éter,
luz y oscuridad,
libertad o esclavitud,
paraíso o infierno,

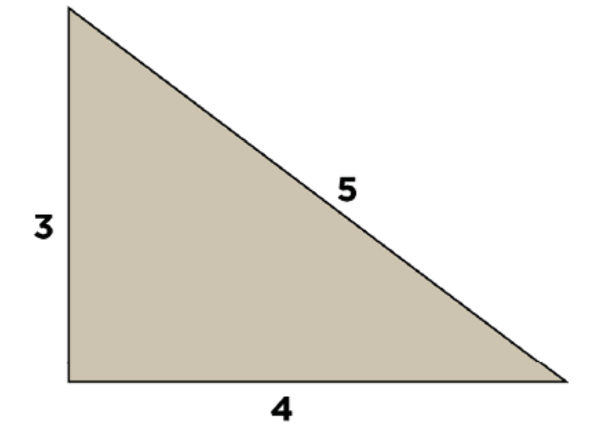
uno y su sombra,
hombre y mujer dentro de cada hombre y mujer,
y un solo Juez para juzgar todas las dualidades,
el que nos circunscribe y conecta entre sí.

9, el sumatorio parcial de los ángulos en los 5 poliedros regulares:
720°; $7+2=9$,
2160°; $2+1+6=9$,
1440°; $1+4+4=9$,
3600°; $3+6=9$,
y 6480°; $6+4+8=18$; $1+8=9$.

El 9, el último número de un dígito, antes del 10,
un salto de nivel antes de cada fin de ciclo, de 10 unidades,
la antorcha con la luz del conocimiento,
la esperanza aguardando en la caja de Pandora.

La hora novena tras la salida del sol, en la muerte de Jesús,
y la misma hora en su resurrección, 3 días después;
72 horas como los 72 *shemots*,
los 72 nombres de Dios, o 72 caminos de la Luz,
sumando nuevamente 9;
como los 9 meses del embarazo humano,
que preparan su nacimiento.

Un número inocuo en el mundo de las matemáticas,
el cambio en el 9, uno espiritual,
a cualquier número al que le sumes, tantos nueves como quieras,
el mismo sumatorio parcial te devolverá;
a ojo de cóndor, del aire sus ideas,
acercando la mirada a las alturas,
donde mejor se puede conectar con Dios.



3 polígonos posibles en la base de los 5 poliedros regulares:
triángulos, cuadrados o pentágonos sus caras;
las proporciones de un triángulo rectángulo de medidas: 3–4–5;
las del sagrado Isíaco del antiguo Egipto,
con las que construyeron la mayoría de sus pirámides.

Su nombre veneraba a la diosa Isis,
la hermana y esposa de Osiris, al que devolvió a la vida;
la madre de la Vida y de la Resurrección,
con el pecado original en el origen de su Creación.

Representada con un "trono" sobre la cabeza y unas alas a la espalda:
las proporciones entre los dígitos 3–4–5, en las partes de ese "trono";
y dualidad con crecimiento proporcionado *Phi*, en sus espirales alas;
un sagrado conocimiento conduciendo a las alturas.





Una esfera roja y un par de cobras solían acompañarla:
las cobras, las serpientes que elevan su cabeza del suelo,
serpenteando como el ADN;
el Sol, con el rojo del fuego original,
la circunferencia que todo circunscribe, de Vida.

Conocida por el antiguo Egipto era,
la serie matemática de la Vida, con Osiris su dios;
representando con las partes del Ojo de su hijo Horus en los jeroglíficos,
las fracciones unitarias de sus primeros 6 dígitos:
1/2, 1/4, 1/8, 1/16, 1/32 y 1/64.

El Ojo de Horus,
un “Tercer Ojo” conectando, el plano material con el espiritual;
la glándula pineal en el corazón del cerebro,
una única parte en el cuerpo, sin dualidad ni división,
la que gobierna los 5 sentidos terrenales, y un sexto celestial,
el del pensamiento.

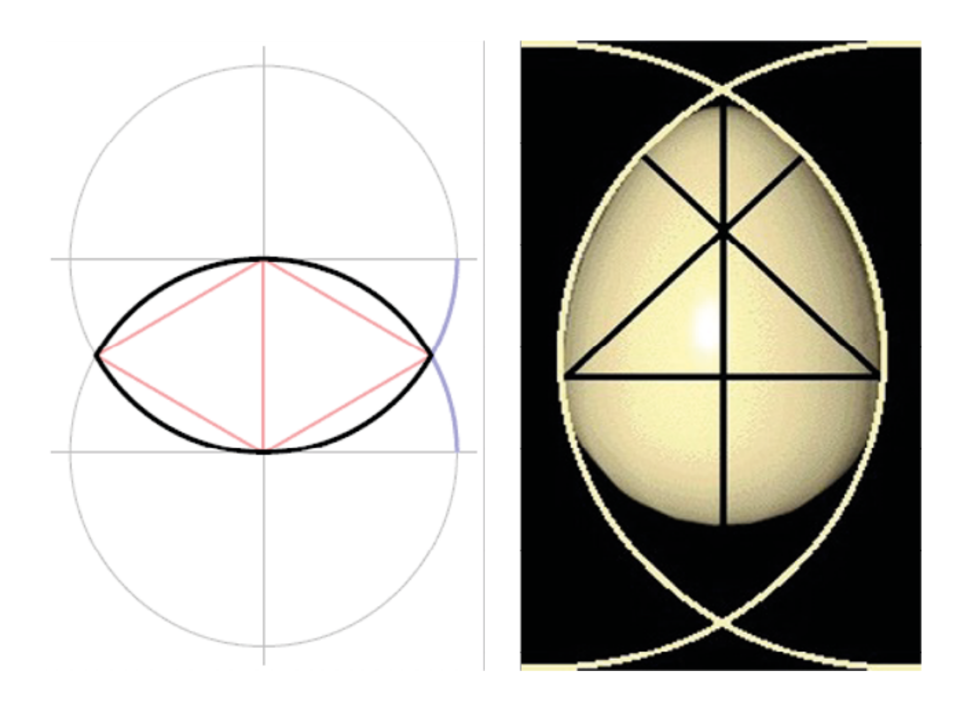


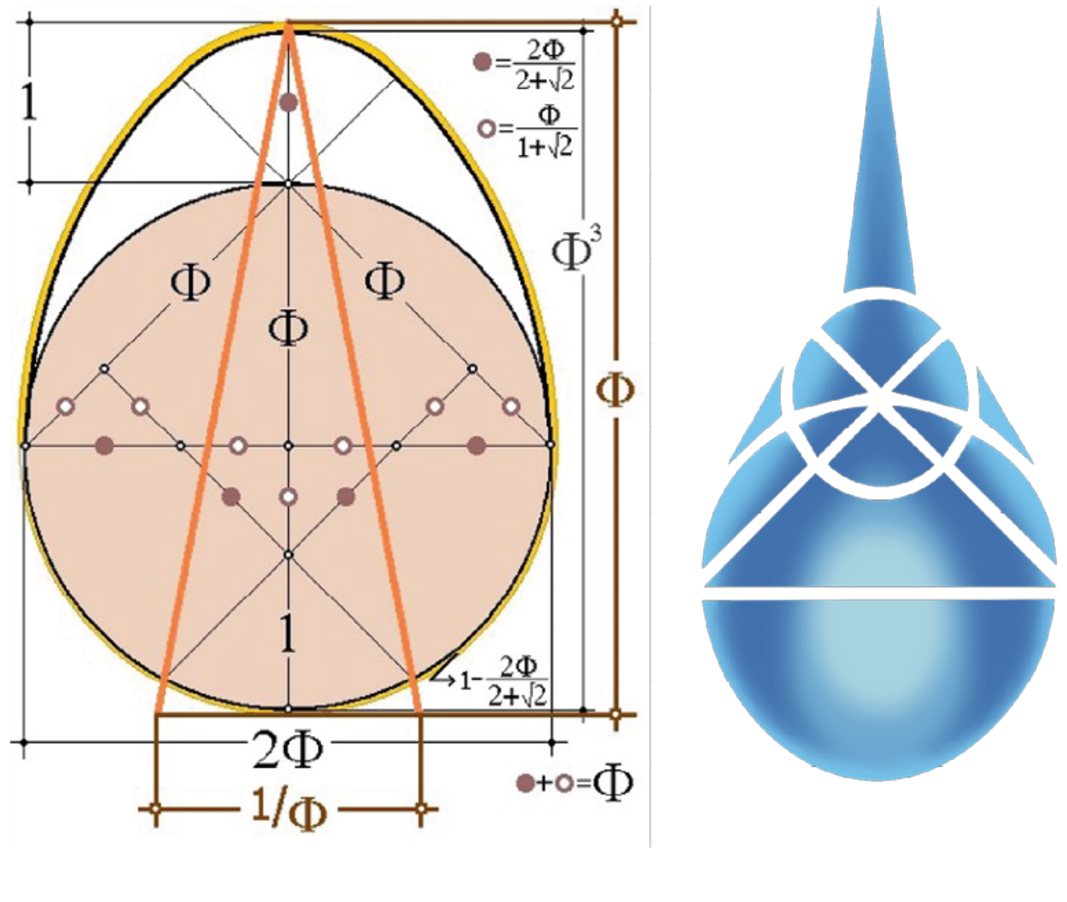


Para una civilización que reinó en el planeta durante siglos,
anteriores a los griegos, en sus mismas tierras: los Micénicos,
en la celebración anual más importante,
y en su momento más señalado,
3 cosas ofrendaban a los dioses,
una piña, un huevo y una serpiente:
la piña del pino, con su forma, dando nombre a la glándula pineal;
el huevo como las gotas al caer,
óvalos deformados según la proporción *Phi*;
y la serpiente, con sus espirales como las del ADN:
todas sagradas formas de trabajar de la Creación.

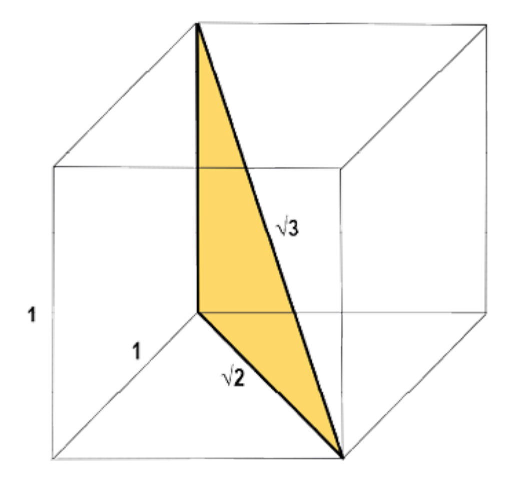
Un óvalo como el del huevo, o la gota, se forma,
en la *vesica piscis*, o vejiga de pez en latín,
símbolo sagrado en numerosas religiones.

La intersección de dos círculos de igual radio,
donde los centros de cada uno se sitúan,
en el límite de la circunferencia del otro.



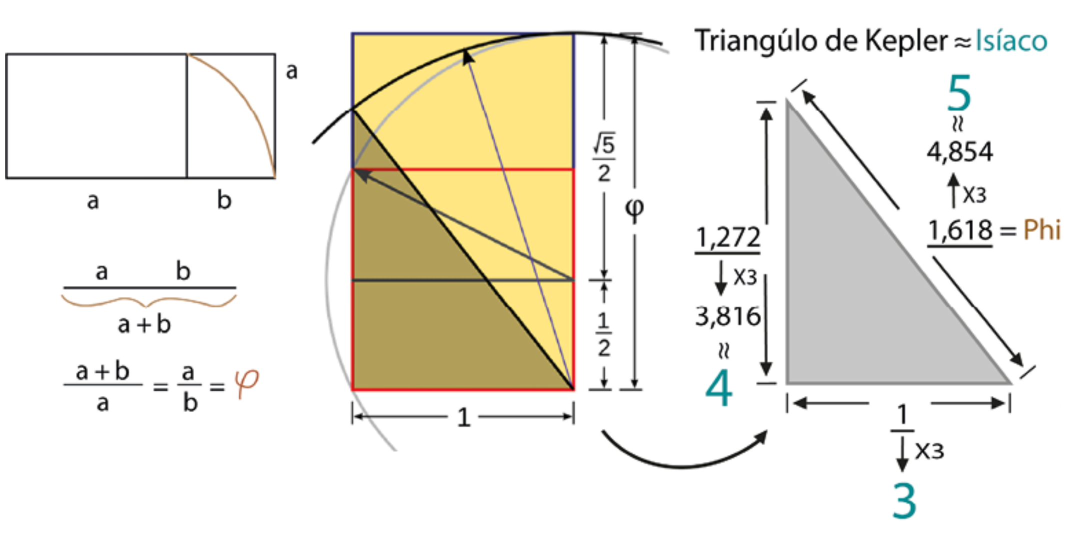


La relación entre el ancho y la altura de la *vesica piscis*,
entre los centros de dichas circunferencias y sus puntos de intersección,
formando dos triángulos equiláteros iguales, unidos por uno de sus lados,
es la raíz cuadrada de 3; $\sqrt{3} = 1'73205\ldots$,
la diagonal tridimensional del cubo unitario.



La aproximación más cercana en números enteros,
la del cociente: 265/153 = 1'732026… ≈ 1'73205…;
como 153 los peces pescados en la captura milagrosa de Jesús,
según el evangelio del apóstol Juan, 21:11.

El triángulo Isíaco egipcio,
la mejor aproximación posible,
al triángulo "dorado" de Kepler.



En China, allá por el siglo VI antes de Cristo,

el ‘viejo maestro’, Lao-Tsé, escribía el Dào Dé Jîng,
el ‘Libro clásico del camino hacia la Virtud’,
la cuna del recién nacido taoísmo,
y desde entonces, la base de la filosofía y pensamiento orientales.

El Tao, la armonía,
el Yin-Yang, el balance de fuerzas entre la dualidad de opuestos,
la virtud en las alturas, ‘la cabeza’,
el camino, una transformación continua.

Coincidían los tiempos de las Cien escuelas del pensamiento,
y los exitosos Reinos Combatientes del imperio chino,
con el gran siglo de Oro griego y sus victorias en las Guerras Médicas,
contra el gran imperio persa.

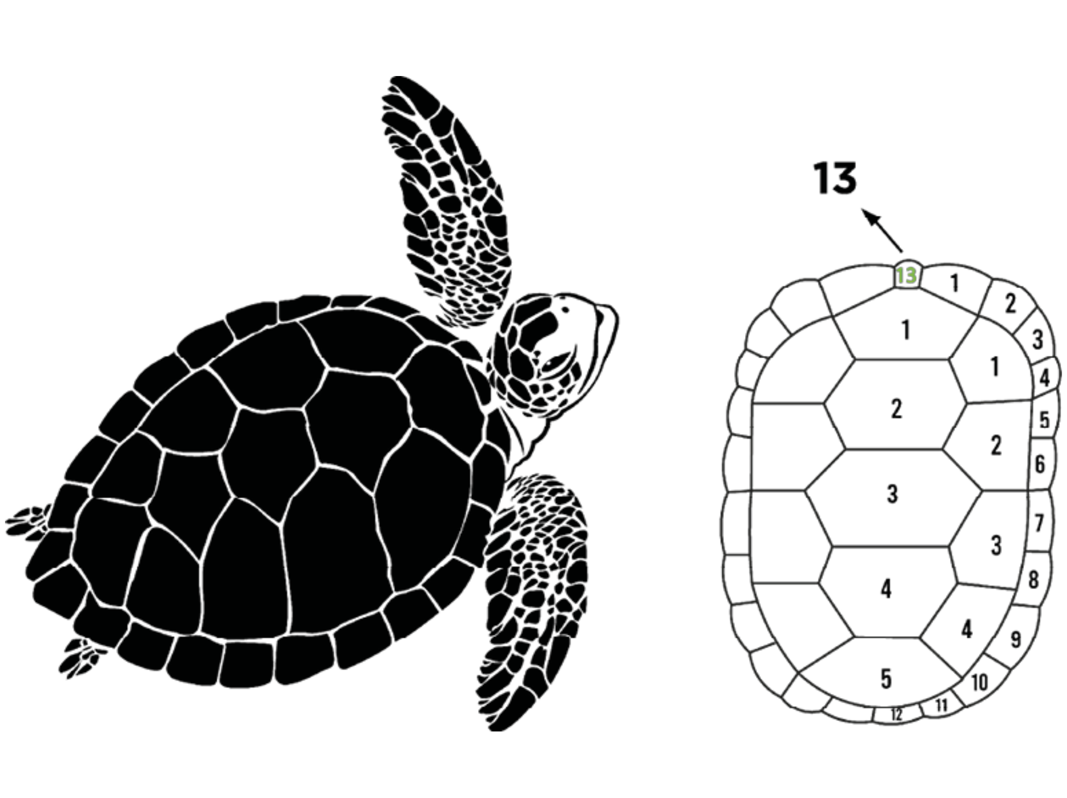
Confucio hacía de Heródoto y, recopilando textos milenarios,
daba con los dibujos del Pa Kua, del emperador Fu-Hsi.



Los ‘ocho estados del cambio’,
ocho trigramas girando alrededor del Yin-Yang,
la dualidad de opuestos, masculino y femenino, blanco y negro,

con un punto del contrario en el interior de cada uno,
para generar la energía que los hace girar,
en una dirección o la opuesta, tanto da,
en una transformación sin fin.

Dice la leyenda que los trigramas de Fu-Hsi,
fueron inspirados a partir de la observación del caparazón de una tortuga,
en la que vio representada una constelación.



Cinco hexágonos en el centro, una pirámide en su columna vertebral,
ocho más, cuatro a cuatro, a cada lado,
con otros veinticinco alrededor, doce a doce,
y un treceavo en común pegado a la cabeza.

Según los relatos más antiguos de la mitología china,
tres Augustos y cinco Emperadores reinaron, anteriores a la dinastía Xia:
Fu-Hsi, el hijo del Gobernador del Cielo y Emperador de Jade;
Nüwa, su hermana y esposa,
representado él con una escuadra y ella con un compás,
mitad humanos ambos, mitad una especie de reptil;

y Zhùróng, el tercer Augusto, el dios del fuego original.





Los Emperadores según ‘Las Elegías de Chu’,
los cuatro puntos cardinales:
Norte, ‘Zhuanxu’; Sur, ‘Yandi’; Este, ‘Taihao’; y Oeste, ‘Shaohao’;
y el quinto, el Emperador Amarillo, como el río,
el Centro de la Vida.

Tanto el *areté* griego como la *virtus* romana,
la *virtud* judeocristiana o el *bien* de Platón,
como las *alturas* de la geometría;
el conocimiento, la Luz,
y el plano espiritual, el faro guiando hacia ella.

La mitad reptil arrastrándose por el suelo del plano material.

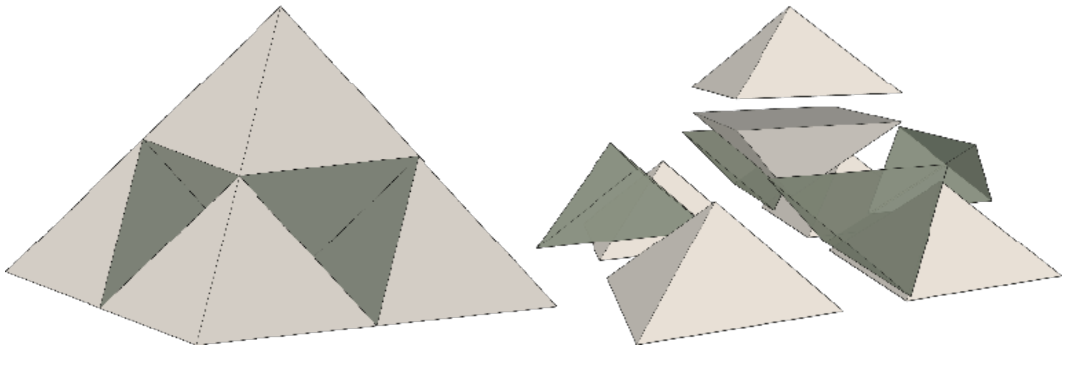
Tanto Fu-Hsi como Osiris, reyes y dioses de la Vida y la Resurrección,
inventores de la religión, la pesca y la agricultura,
llevando el desarrollo, la prosperidad y la civilización a sus pueblos,
a orillas del río Nilo uno,
y del río Amarillo, el otro.



Numerosas civilizaciones las que se han levantado por el planeta,
bajo la preponderancia de la geometría en sus vidas,
construyendo impresionantes pirámides,
apuntando hacia el Universo.

La palabra *'Pr-m-ws'*, del antiguo Egipto,
de donde se cree que proviene 'pirámide',
significaba: 'proveniente de la altitud'.

8 pirámides equiláteras caben en el interior de cada una:
4 en la base, una en cada esquina;
un octaedro en el centro contiene otras 2;
y en los espacios libres entre ellas,
4 tetraedros unidos, 2 a 2,
las 2 restantes hasta la octava.

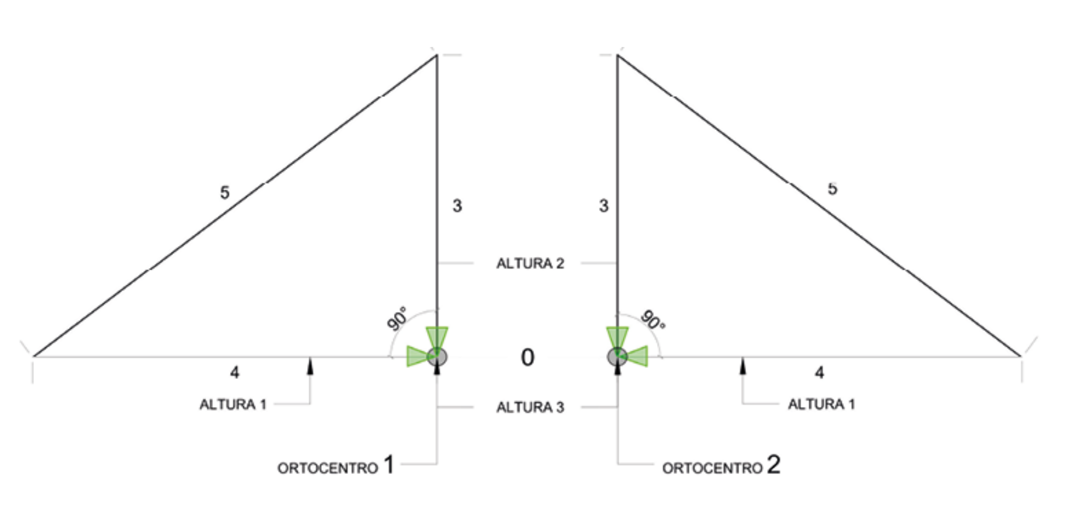


La mayoría de pirámides egipcias encontraban su forma,
duplicando el triángulo rectángulo Isíaco,
de medidas 3–4–5 en sus lados;
uniendo *los dos gemelos simétricos*.

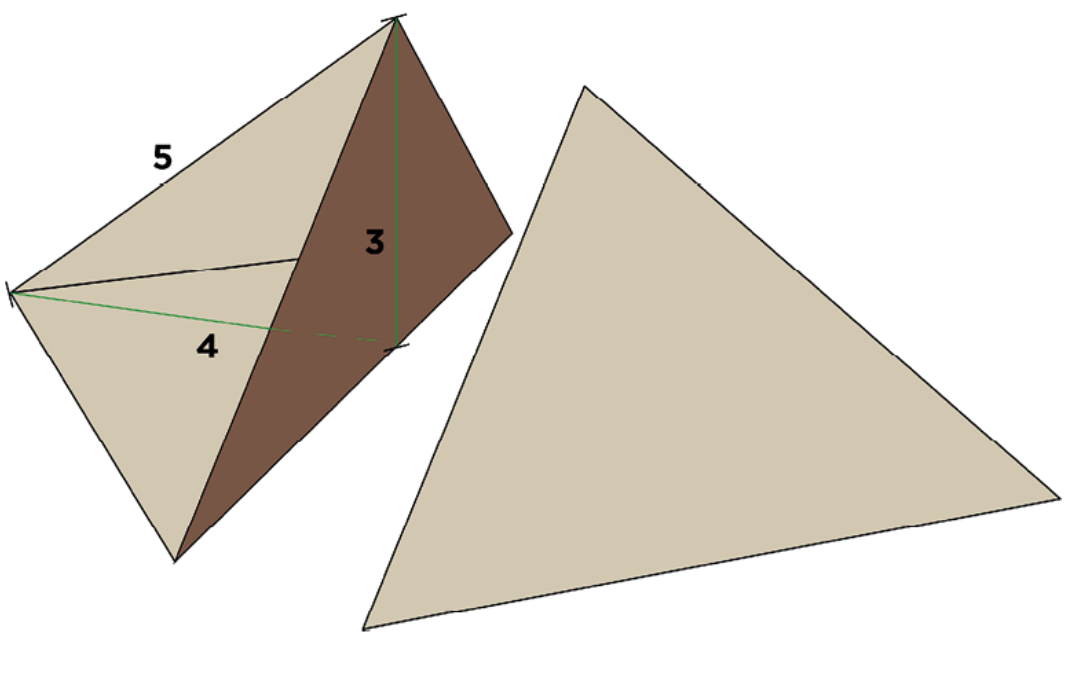
Unidos por su altura, el menor de esos lados,
un ángulo formaban diagonalmente,
el que definía toda la pirámide, de la cabeza a los pies,
un isósceles de 106,26020472…°,
el que desde cualquier vértice que la miraras podías ver;
el de la molécula de agua, aproximadamente, más *Phi*:
$104{,}5\ldots^\circ + 1{,}618\ldots = 106{,}118\ldots^\circ \approx 106{,}26020472\ldots^\circ$.

Infinitos decimales dan, continuamente, los cálculos con Isíacos,
siete cuadran perfectamente,
el octavo, la lógica puede romper,
y dos números distintos dar, según hayas llegado hasta él,
separados por una unidad,
como si algo indivisible estuviera resistiendo,
en su geometría original.

Una "injusticia" se comete en todos los triángulos rectángulos,
como en los Isíacos igual,
en el ortocentro, la democracia de las alturas,
dos de ellas se encuentran en sus valores máximos,
mientras la del ángulo recto se queda arrinconada en el 0, sin poder salir.

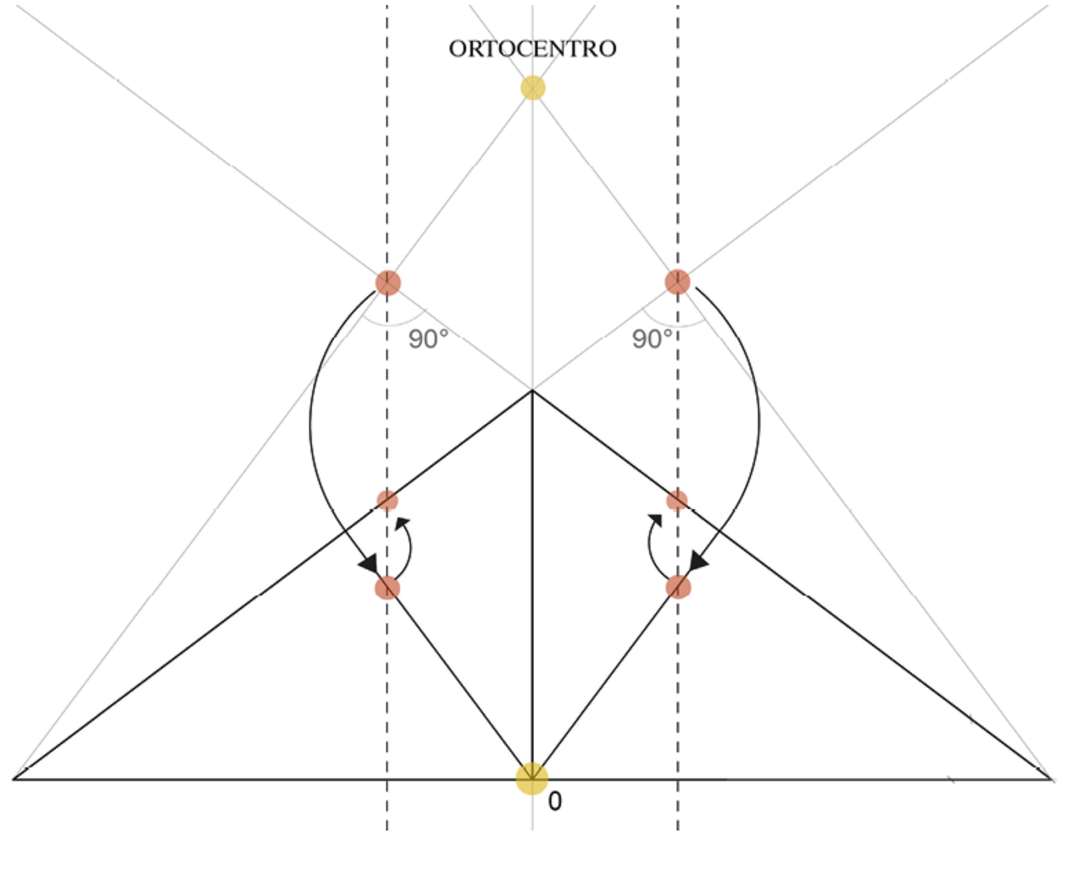


La "anomalía" se resuelve uniéndose a su gemelo simétrico opuesto,
y juntos hacer un triángulo isósceles,
o una pirámide de dos tetraedros, en la tercera dimensión.



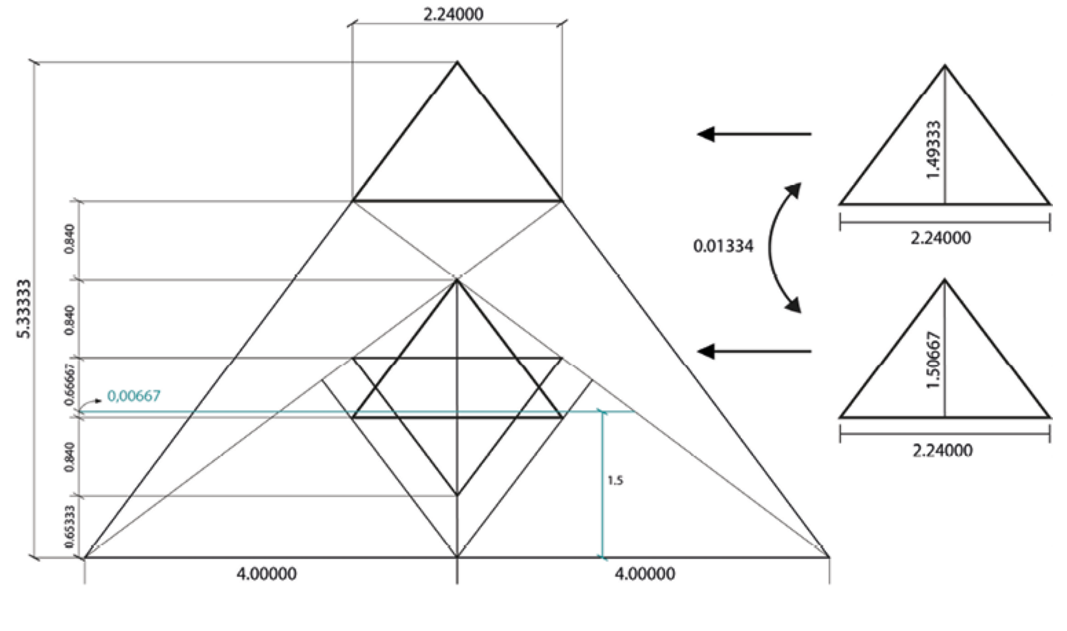
Dualidad en esa pirámide Isíaca y sus dos tetraedros,
la misma en toda la Creación.

El ortocentro de dicha pirámide,
vuela entonces por encima de su cima,
y dibuja otra en las alturas,
con los puntos de corte de la prolongación de sus lados;
los que al bajar hasta donde se encuentran con las alturas “maltratadas”,
señalan donde subsanar los “agravios” cometidos.

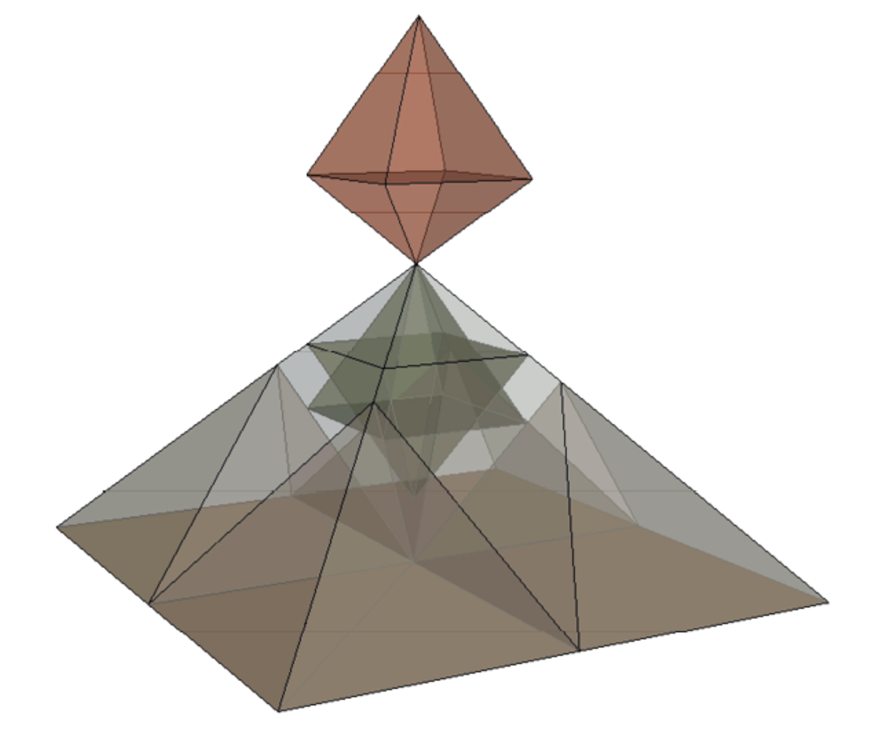


Un **“triángulo descendido”** se forma,
casi como el de las alturas,
el mismo ancho, la invariable distancia 1’12 con el eje vertical,
pero **0’01334…** más alto.

Una sagrada distorsión,
la **gravedad** en esa deformación;
como la del huevo o las gotas de la Creación.

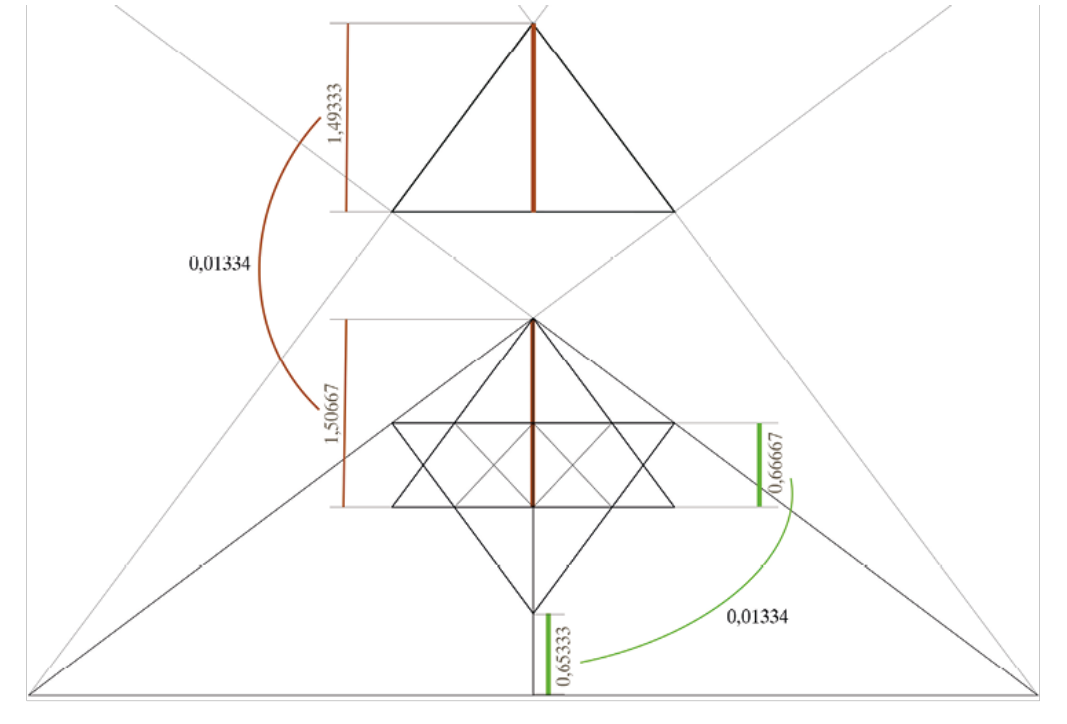


La línea que une las alturas,
en los puntos que subsanan los ortocentros de los dos simétricos Isíacos,
se queda a **0’66667…** por debajo de la mitad de la pirámide,
y encuentra una paralela donde alcanza los lados de ésta,
a **0’66667…** por encima suyo,
formando la base de otro triángulo como el “descendido”,
pero en perfecta oposición con él,
una Estrella de David,
un ***Merkavah*** piramidal en la tercera dimensión.

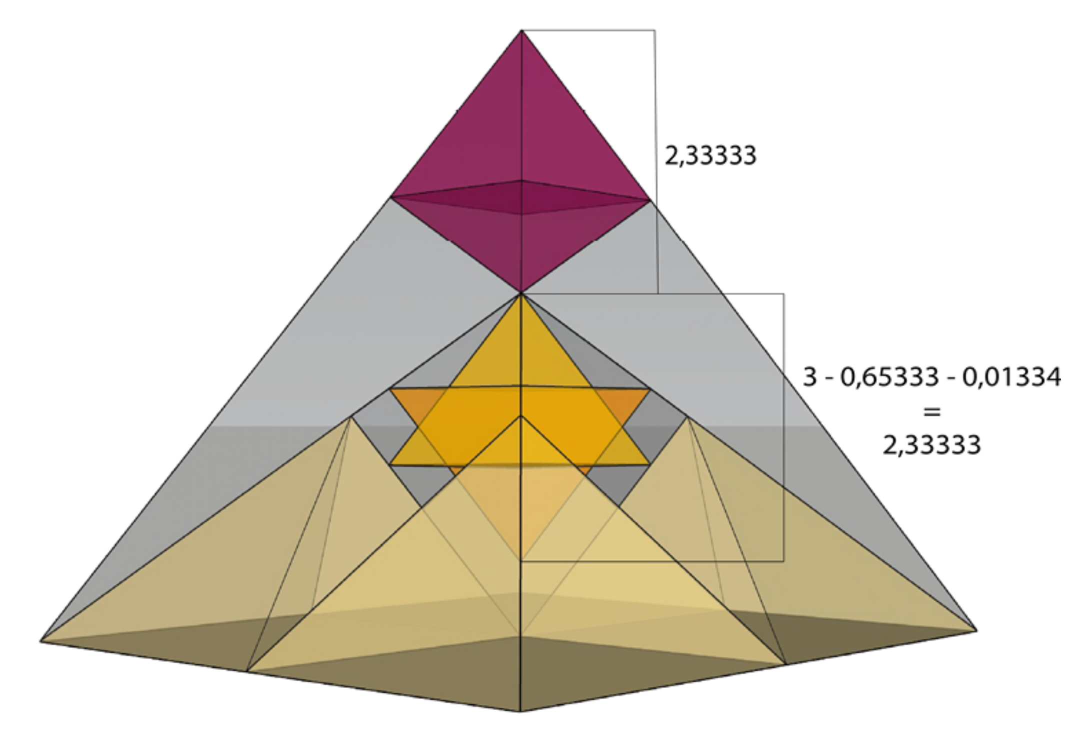


Merkavah, una palabra del antiguo Egipto,
compuesta por:
Mer, ‘vehículo de Luz’;
Ka, ‘espíritu’;
y *Vah,* ‘cuerpo’.

Ese Merkavah queda volando a 0’65333… del suelo,
con la misma diferencia entre esa altura y la que separa sus bases:
0’65333…-0’66667… = **0’01334…**,
que entre las alturas de los dos triángulos, “descendido” y de las alturas:
1’50667…-1’49333… = **0’01334…**

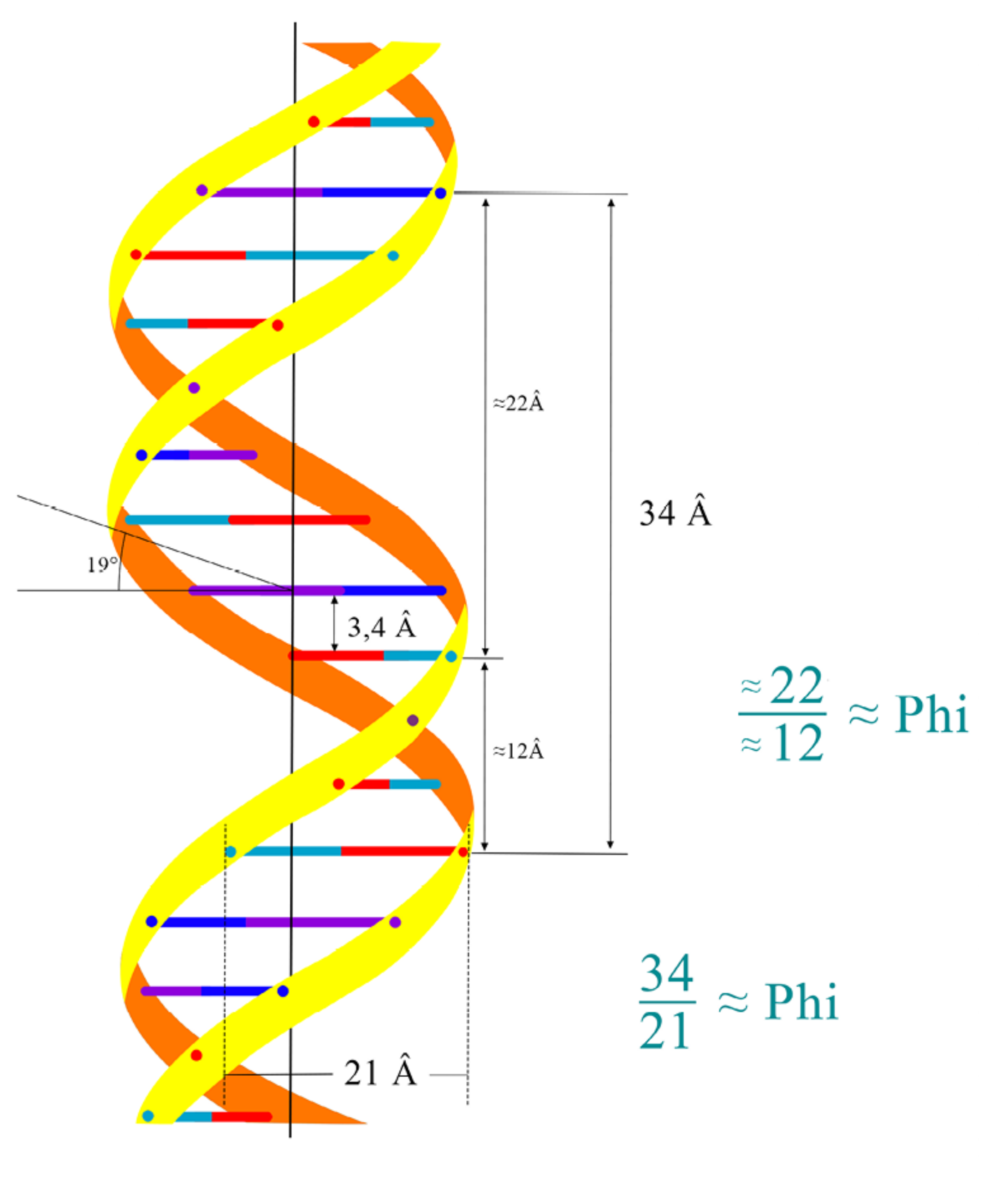


La altura del Merkavah menos ese **0’01334**:
3–0’65333–0’01334 = **2’33333…**;
la misma que hay de separación entre las cúspides,
de la cima de la pirámide a su ortocentro:
5’33333…-3 = **2’33333…**

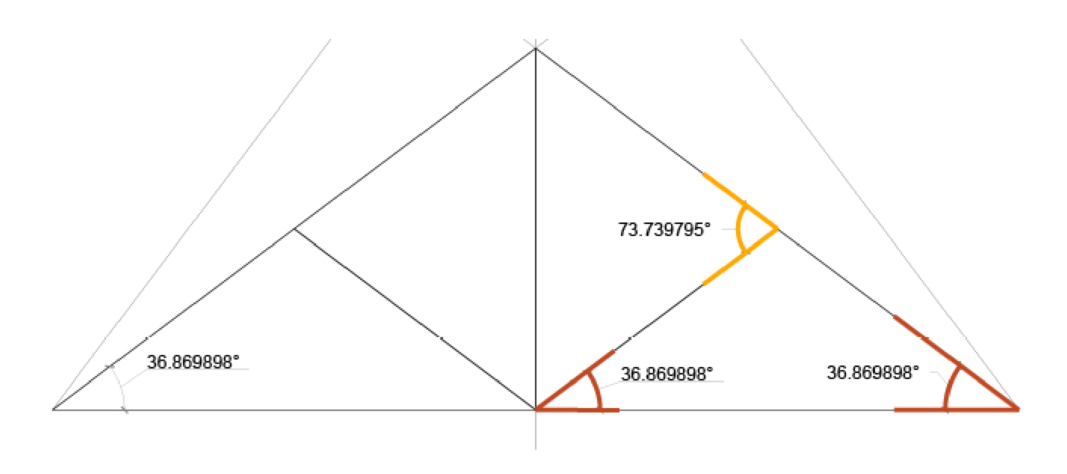


Ese **0’66667…** entre las bases más el **0’01334…**,
aproximadamente **0’68**, el doble de **0’34**;
un giro de rosca del ADN:
0’66667… + 0’01334… ≈ 0’34x2 = 0’68.

10 vértices en el Merkavah piramidal,
10 bases nitrogenadas en el ADN;
en proporción *Phi*, aproximadamente,
la altura respecto al ancho,
como entre las partes de sus giros.



Más agudas las pirámides sobre el eje vertical;
un octaedro de **73'73979528...**°, su ángulo diferencial;
la suma de los dos ángulos iguales en la base de la pirámide:
36'86989764...° x 2 = **73'73979528...**°;
unos tan pequeños que sin discrepancia en el octavo decimal.



Restando a ese ángulo el número *Pi,*
se obtiene, aproximadamente, **70’6**,
el número de cents que debe bajar, la frecuencia de onda de una nota,
para obtener su bemol, en ratio 25:24:
73’73979527…– 3’141592… ≈ **70’59820327…**

Un poco más de 7 triángulos
como el de las alturas y el “descendido”,
de **área media** entre los dos, de **1’68**,
caben dentro de cada Isíaco, de **área 12**;
12/1’68 = 7’14285714…,
igual con los volúmenes en la tercera dimensión.

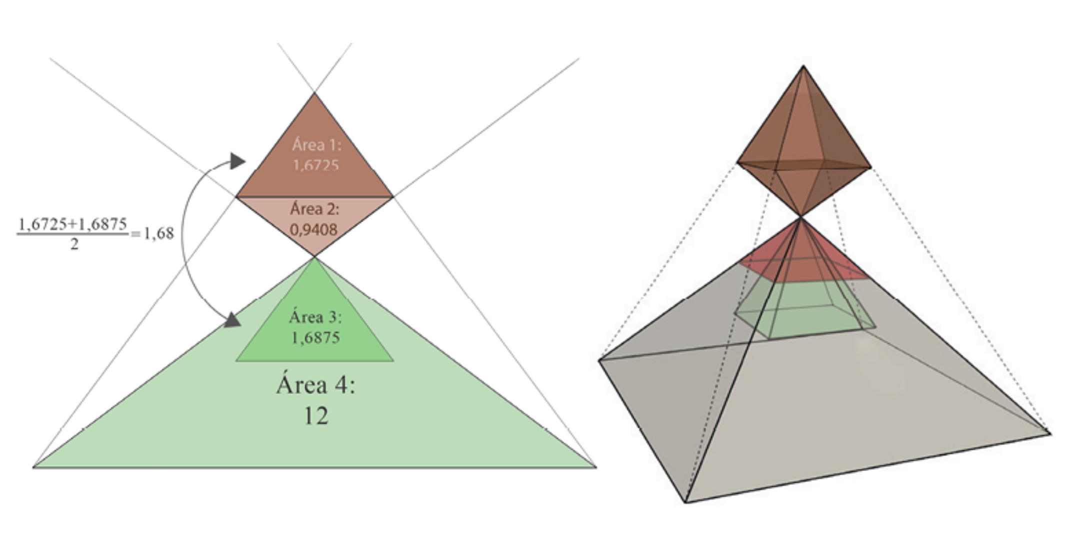
Ese sobrante de **0’14285714**…,
la séptima parte de una unidad;
1/7 = 0’14285714…,
una fractal división de la Creación,
un espacio entre las partes para la libre circulación de la Gracia de Dios,
conectando así con todas,
desde la más pequeña duplicación.

Un diamante hay,
entre la cima y el ortocentro de la pirámide Isíaca,
dos triángulos en la segunda dimensión,
que dos formas de dividirla son:

—una en **7** partes, con un sobrante de **0’14285714**…,

con el área media de **1’68** entre triángulos, descendido y de las alturas,

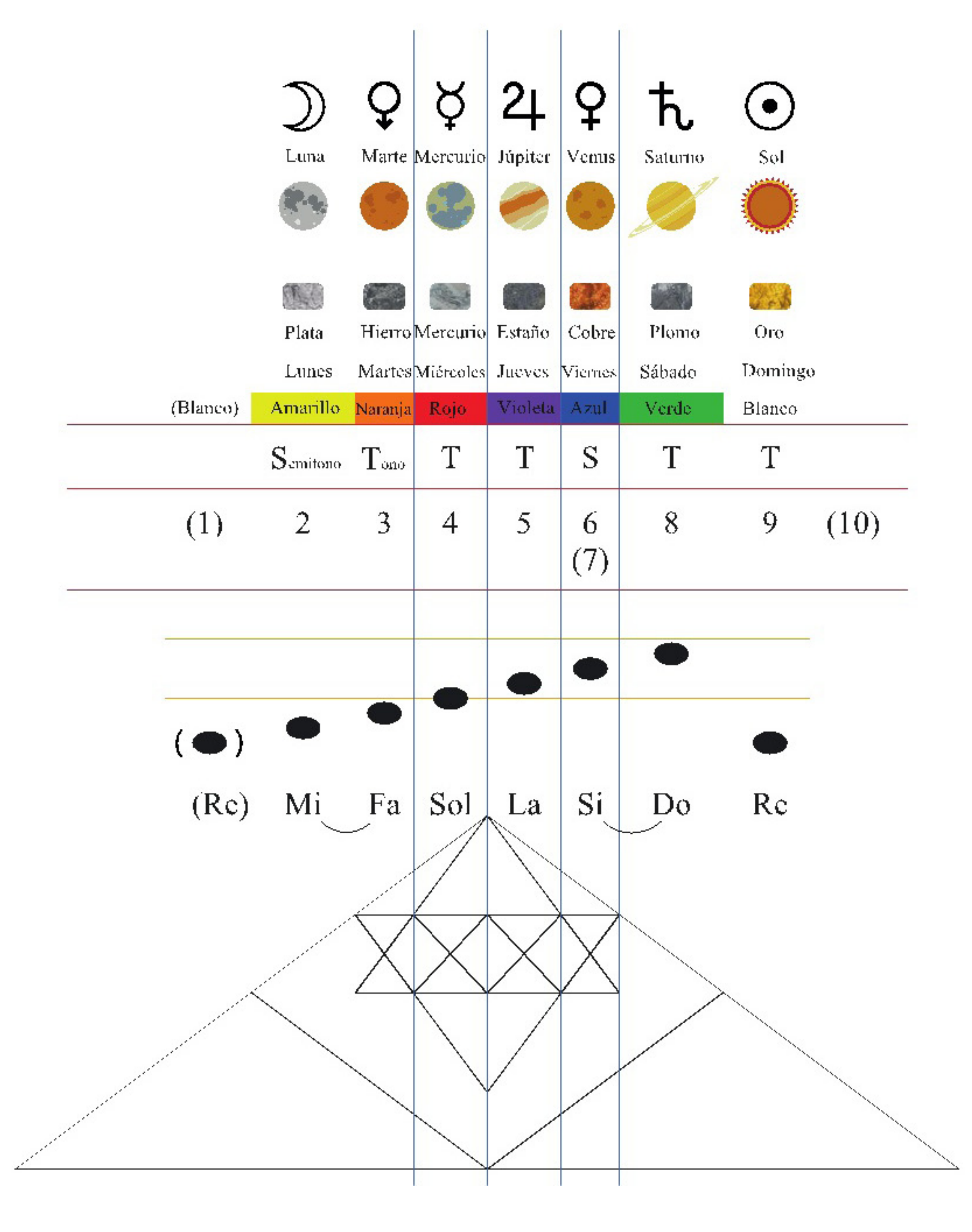
—y la otra, en **12**, con **0’75510204**… de espacio libre,
con el área de **0’9408**;
12/0’9408 = 12’75510204.



Las 7 o 12 partes como podía dividirse la pirámide Isíaca,
las fases como podían construirse los distintos ciclos de la Vida en el Universo egipcio;
con distinta correlación de fuerzas en cada parte,
según las alturas de los triángulos interactuando en cada una.

Afectando las frecuencias de onda del sonido y la luz,
dando lugar a las notas musicales y los colores del arcoíris.

Del mismo modo,
los 7 días de la semana,
los 7 metales principales,
o los 6 grandes planetas del sistema solar,
más al Sol.



A escala Frigia, Griega, o Española en Mi,
la de los Flamencos y los Gitanos,
egiptanos anteriormente,
mitmakunas como lo somos todos,
la escala del Pueblo.

También los números del 1 al 10,
como las 10 bases nitrogenadas en cada giro de rosca del ADN,
podían expresarse mediante esos ciclos de 7 fases:

—El 1 y el 10, más allá del plano material,
Dios en el Uno así como en el Todo,
un enlace entre cada salto de ciclo,
entre el 9 del anterior, y el 2 del nuevo.

—2; el primer día de la semana, Lunes,
un primer Semitono en la escala musical, con el Mi,
la Luna, la Plata, de color Amarillo, casi Blanco.

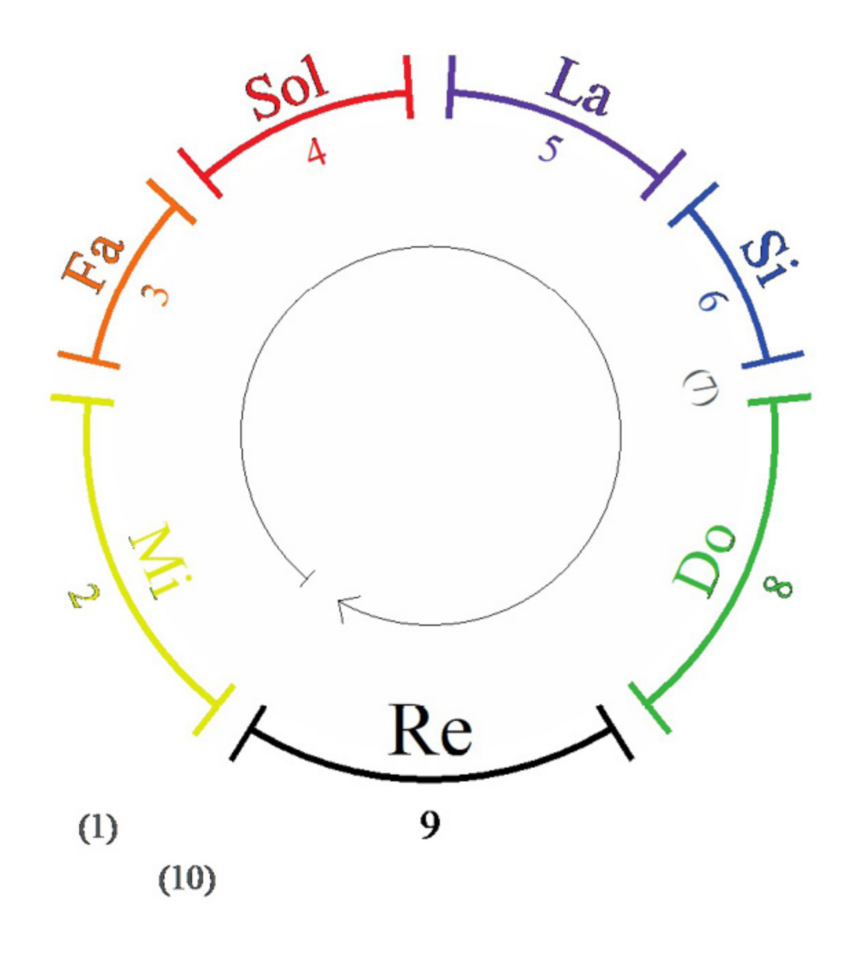
—3, 4, 5; tres Tonos en el centro del Merkavah,
que dan las notas: Fa, Sol, La;
Naranja, Rojo, Violeta;
Martes, Miércoles, Jueves;
Marte, Mercurio y Júpiter.

—6 y 7 solapados,
como el 1 al 2, o el 9 y el 10;
el 7, Dios en la Naturaleza,
un segundo Semitono, con el Si,
la salida del Merkavah en la pirámide Isíaca,
el Viernes, Venus,
el Cobre su metal,
de color Azul.

—8; la calma, el infinito: ∞;
un nuevo Tono, con el Do,
el reposo del Sábado, Saturno,
la madurez y el equilibrio en la sexta etapa de la Vida,
el Plomo su metal,
de color Verde.

—9; el último Tono del ciclo, con el Re,
el Domingo, la sabiduría y el conocimiento en la última fase, la que nos devuelve a Dios,
la luz Blanca, la parte indivisible,

el Oro, el Sol.



Las dos divisiones de la pirámide Isíaca, según esas dos áreas,
construían también los calendarios egipcios,
los que estaban conectados a los hechos de la astronomía.

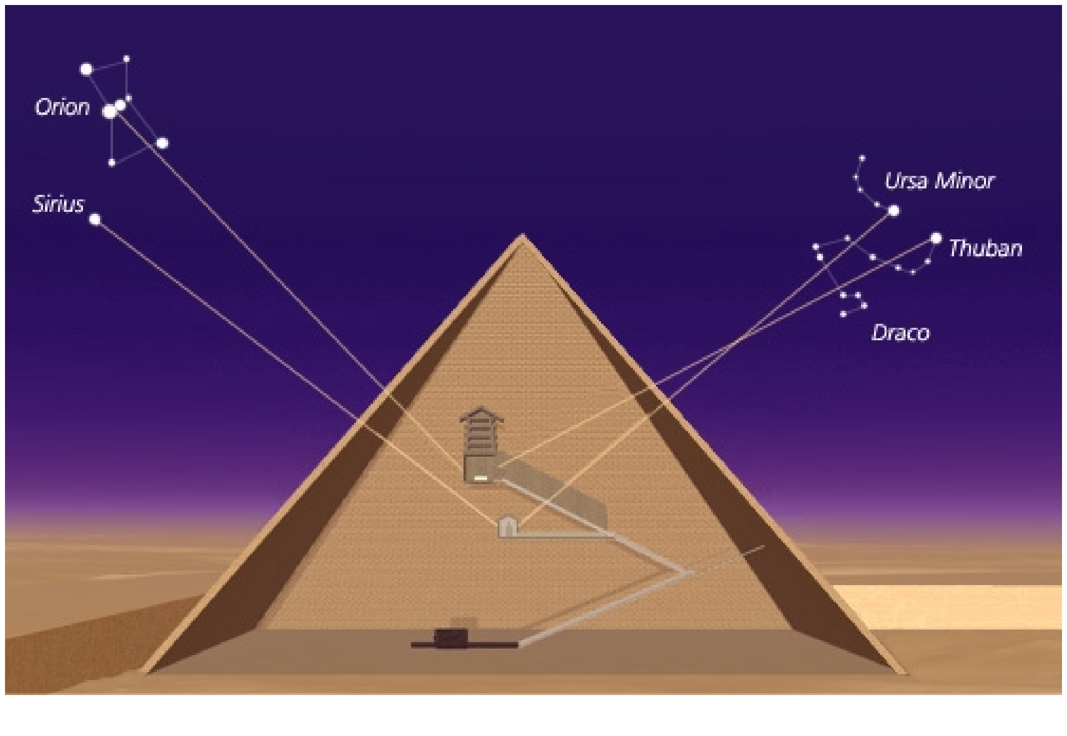
Las semanas eran de un poco más de 7 días;
12/1’68 = 7’14285714...
y los años de un poco más de 12 meses;
12/0’9408 = 12’75510204,
juntos sumando casi 365 días;
7’14285714 × 4 × 12’75510204 = 364’43148671 ≈ 365.

En un primer calendario,
los días contaban las salidas del sol,
y los meses los ciclos lunares;
7’14285714 × 4 = 28’57142856 días,
con un treceavo mes que debía añadirse,
para que cuadrara con los hechos del Universo.

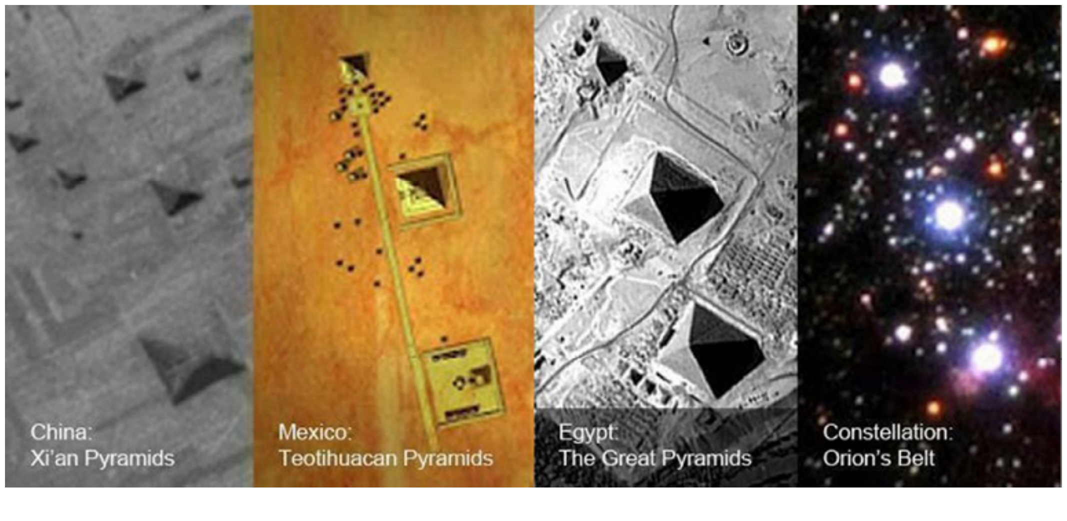
Más adelante pasaron a una división de 3 estaciones de 4 meses cada una:
ajet, *peret* y *shemu*;
crecida, siembra y recogida,
donde los meses eran de 3 semanas,
y las semanas de 10 días, 360 en total,
a los que había que añadir 5 días;
los 5 epagómenos,
los *heru renpet* o ‘por encima del año’,
los *mesut necheru* o ‘del nacimiento de los dioses’:
Osiris, Horus, Seth, Isis y Neftis.

Su conocimiento de la astronomía era tal,
que el calendario iniciaba con la primera crecida del Nilo, en el primer día de la aparición de la estrella Sirio por su firmamento,
después de un periodo de invisibilidad de casi 1406 años;
que además sabían se retrasaba 1 día cada 4 años, de 365 días.

En la pirámide de Keops,
la mayor y más antigua de las tres de Gizeh,
las cámaras del rey y la reina apuntaban, mediante unas canalizaciones,
a la constelación de Orión y la estrella Sirio, respectivamente, en su cara norte;
y a la Alfa Draconis, la estrella que señalaba el norte por el 3000 aC,
y la Osa Menor, en su cara sur.

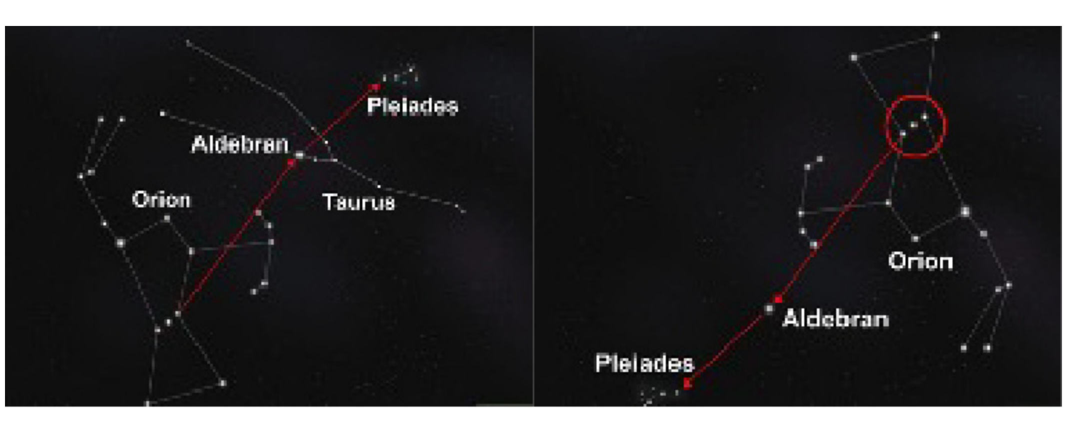


Tanto las pirámides de Gizeh,
como las de Xian, en China,
o las de Teotihuacán, en México,
están alineadas con el cinturón de Orión,
como lo estaba éste hace 10.500 años;
los Tres Reyes Magos de Orión,
señalando a las **Pléyades**;
las siete hermanas, el amanecer.

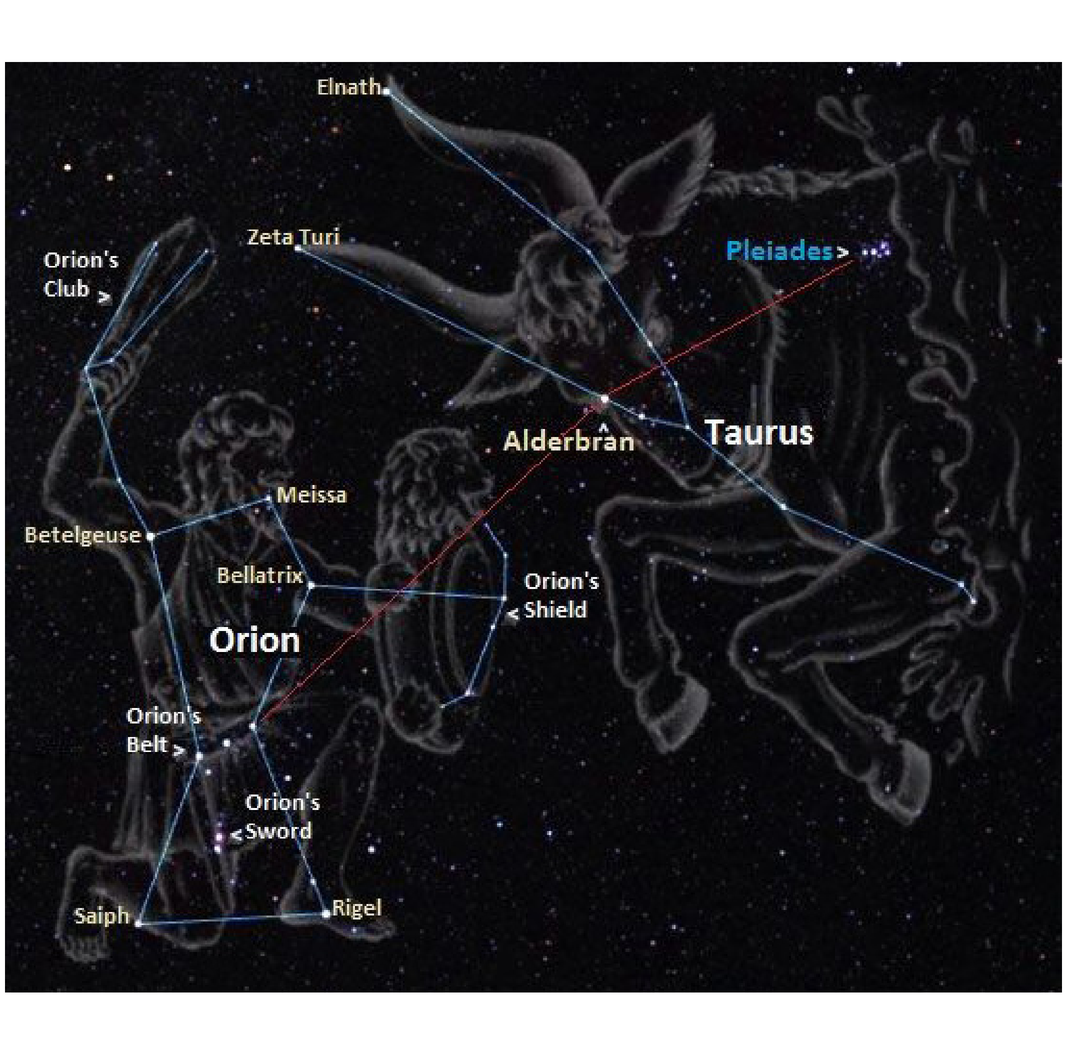


"Welia be aniriame so'pod, a mu machi? Chi'rimeachi ma'china",
'¿Las Muchas, las conoces? Salen cuando va a amanecer',
las Pléyades para los Rarámuri, o 'pies ligeros',
un conocido pueblo de corredores de la Sierra Madre Occidental, en Chihuahua, entre México y EUA.

Tanto para el hemisferio norte como en el sur,
el cinturón de Orión señala a las Pléyades.



Según historias recogidas de civilizaciones anteriores,
el Cazador, un enfermo obsesionado con ellas,
y Taurus, el animal sagrado para Micénicos y Egipcios,
su fiel amigo y protector.



"Al surgir las Pléyades descendientes de Atlas, empieza la siega; y la labranza cuando se ocultan. Desde ese momento están escondidas cuarenta noches y cuarenta días y de nuevo al completarse el año empiezan a aparecer cuando se afila la hoz.", Hesíodo 700aC, Grecia.

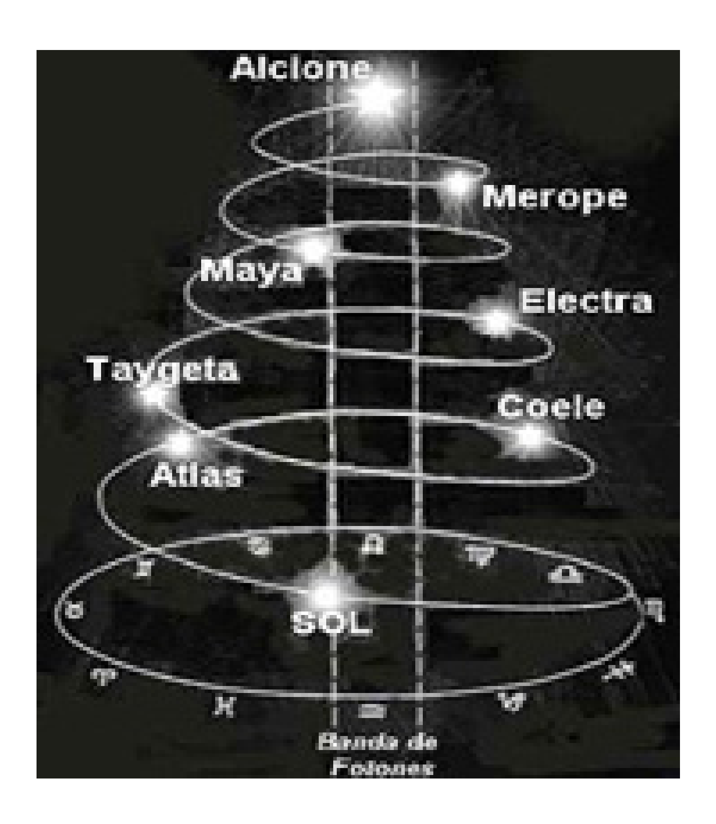
"***Qollqa***", o 'depósito de alimentos',
las Pléyades en el quechua de la américa andina,
con su aparición en el cénit determinando también los ciclos agrícolas;
iniciaba el año con la siembra, en el día más corto,
el del solsticio de invierno;
cuando el día volvía a ganar terreno a la noche,
entre el 21 y 22 de Diciembre, en el hemisferio norte,

y el 20 y 21 de Junio, en el sur.

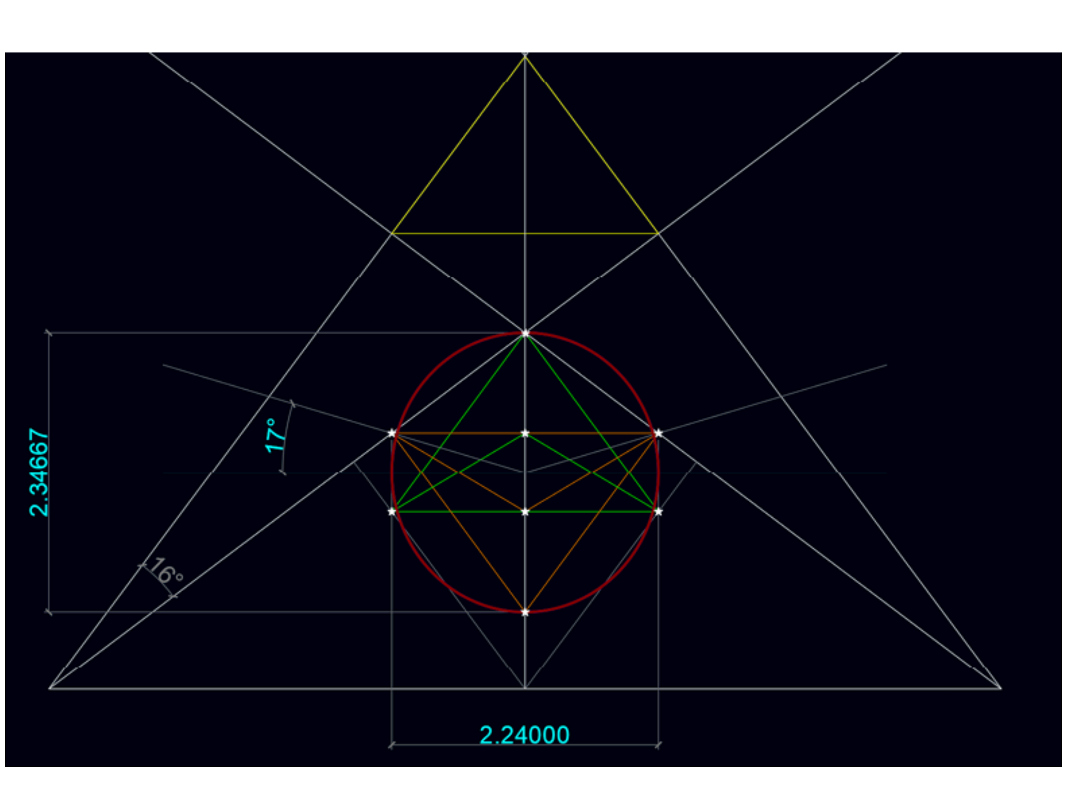
“Gul Poñu”, ‘montón de papas’,
las Pléyades para los Mapuches de las cordilleras entre Chile y Argentina,
los que iniciaban el año en su calendario a finales de Junio también,
la noche del solsticio de invierno.

“Matariki”,
las Pléyades en el maorí de los pueblos polinesios,
como los Rapanuis de la Isla de Pascua, o ‘isla grande’,
que iniciaban el año en Junio también,
cuando dicho cúmulo estelar aparecía por su firmamento.

“Pascua”, ‘lugar de pastos’, el fin del ayuno;
el inicio del calendario hebreo tras la primera luna llena de primavera,
la liberación del pueblo judío de la esclavitud,
la resurrección de Jesús tras el calvario, en la Semana Santa,
al tercer día de la última cena;
la cena del cordero, tras el invierno.



Si una esfera envolviera los 10 vértices del Merkaba en la pirámide Isíaca,
ésta sería ligeramente más alta que ancha;
2’34667 por 2’24,
un 4,5% más, aproximadamente.

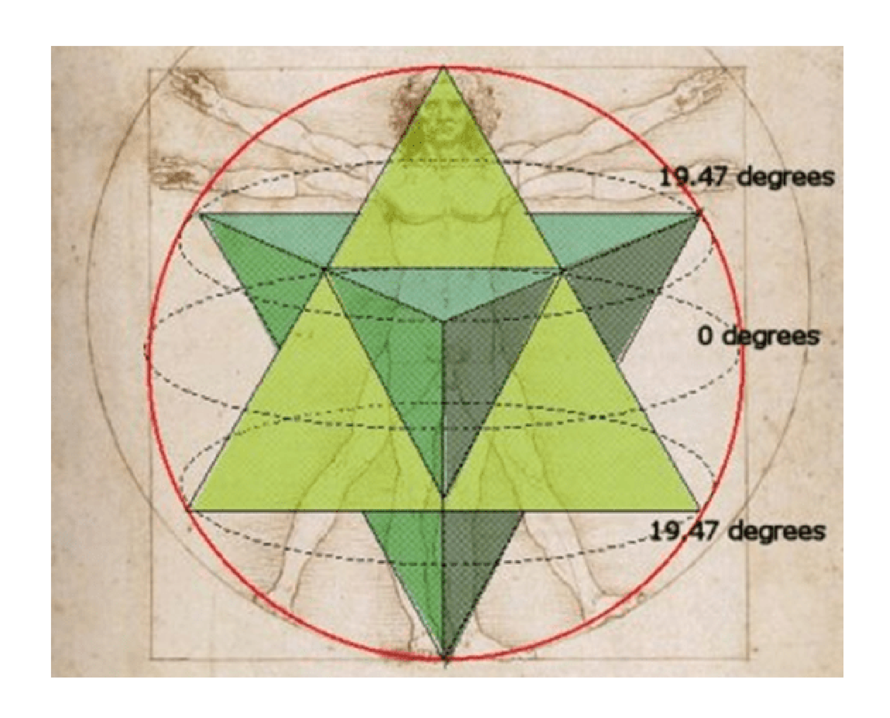


Esos 10 vértices,
las conexiones más directas con la energía de ese globo,
dos estrellas de 5 dedos desplegándose a cada lado de un eje vertical, la altura,
conectando todas las partes circunscritas en él.

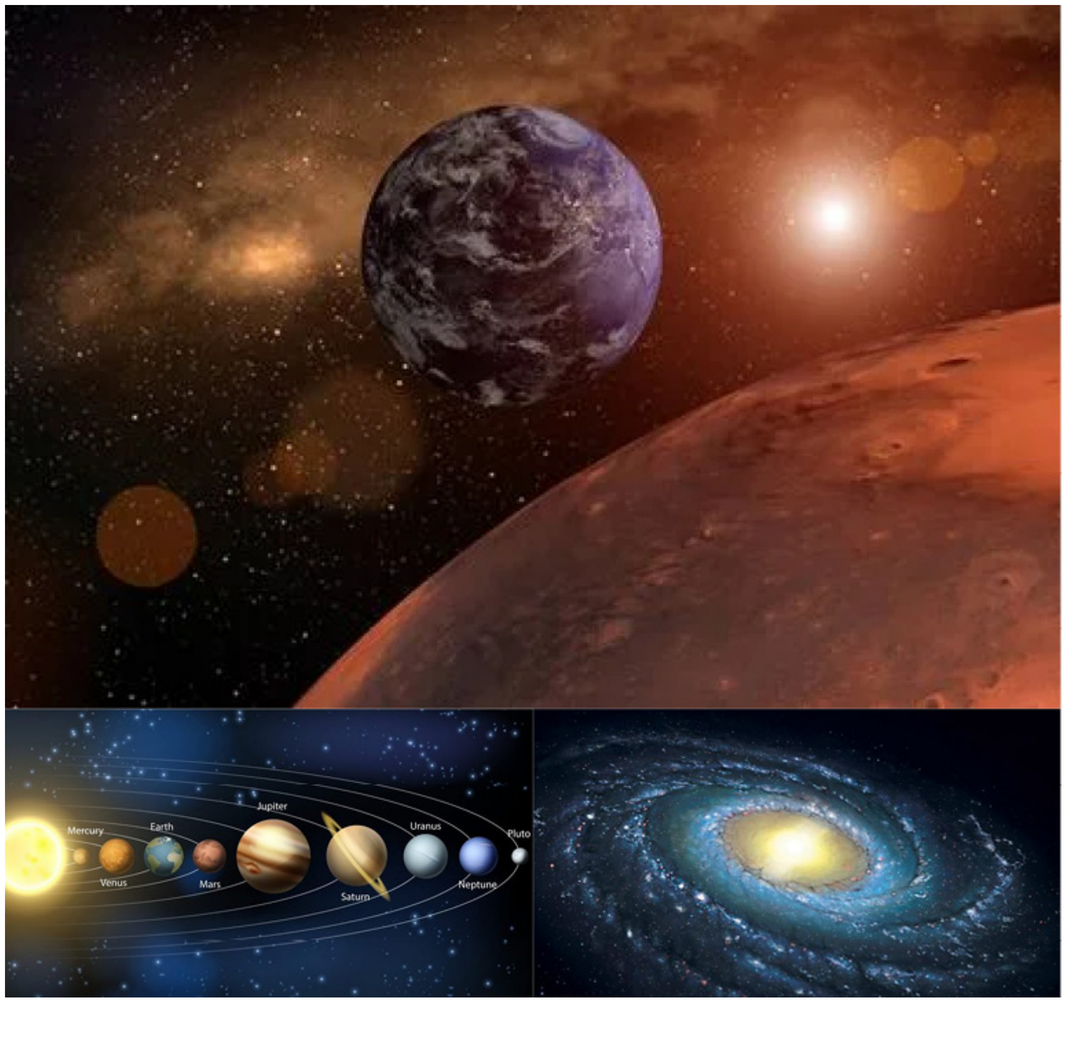
Los 8 vértices en las bases del Merkaba,
a unos 17° del centro del globo, con el eje horizontal,
cerca de los 16° que crece la pirámide Isíaca,
desde su cúspide a la cima del ortocentro.

A 8° de la eclíptica,
el cinturón del Zodíaco.

En los paralelos 19°47’1” de la Tierra,
la mayor actividad energética,
y los restos de la mayoría de pirámides;
igual en el resto de esferas del Universo.



En lo grande como en lo pequeño,
las formas cogiendo significado,
mensajes sagrados en sus números,
hablando con verdad, sus proporciones,
pruebas irrefutables sobre las que construir,
las de la sagrada naturaleza en la Creación.

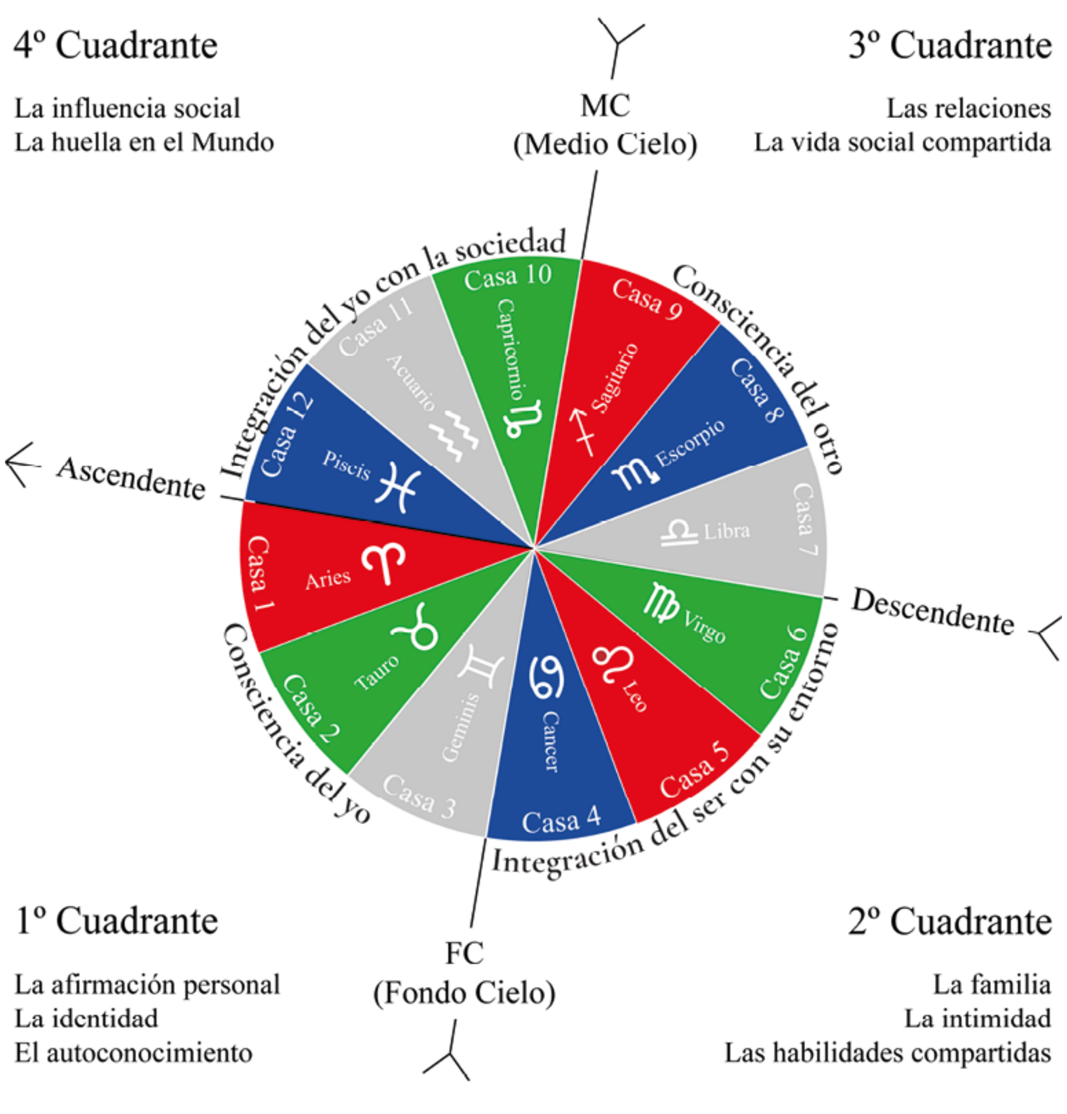


Invertida estaba la geometría Isíaca;
por el eje horizontal se achataban las esferas de su creación.

Igual en la Astrología,
donde la izquierda está en el Este, con el Ascendente de la Carta Astral;
la posición del Sol a la hora del nacimiento,
determinando la distribución de casas, planetas y signos zodiacales.

El Ascendente es el camino,
la vibración interna que guiará nuestros pasos,
atrayendo los hechos que necesita nuestra consciencia,
para despertar y realizarse junto a nuestro Sol.

El Sol de cada uno, su naturaleza más profunda,
el Ascendente, el camino que eligió la Creación para nosotros, para alcanzarlo,
con el momento de nuestro nacimiento,
y la distribución de fuerzas de nuestro mapa universal.



Cuanto más cercanos a los polos hayamos nacido,
o alejados del ecuador de la Tierra,
el eje horizontal que divide nuestra carta astral en dos hemisferios,

va perdiendo perpendicularidad respecto al meridiano vertical,
dando lugar a una distribución de casas y cuadrantes más desigual.

Con los puntos cardinales invertidos en la astrología,
el hemisferio Norte se sitúa abajo,
y el Sur arriba.

Arriba el hemisferio Sur,
donde se sitúa el Medio Cielo,
representando la parte visible al nacer,
relacionada con los aspectos más públicos del individuo;
el consciente, la objetividad, y cómo se proyecta éste hacia el exterior.

Abajo el hemisferio Norte,
donde está el Fondo Cielo,
representando la parte invisible al nacer,
con los ámbitos más privados,
el inconsciente y su raíz más personal.

En los hemisferios Este y Oeste,
a izquierda y derecha del meridiano, respectivamente,
el Ascendente y el Descendente se refieren:
al ámbito de las acciones individuales, el izquierdo,
con el crecimiento y la autodeterminación personal;
y al de lo social, el derecho,
con las reacciones e interacciones según la percepción del grupo de pertenencia.

Con la superposición de las líneas, horizonte y meridiano,
se forma una subdivisión en 4 Cuadrantes,
los que se alimentan de las partes de los hemisferios correspondientes.

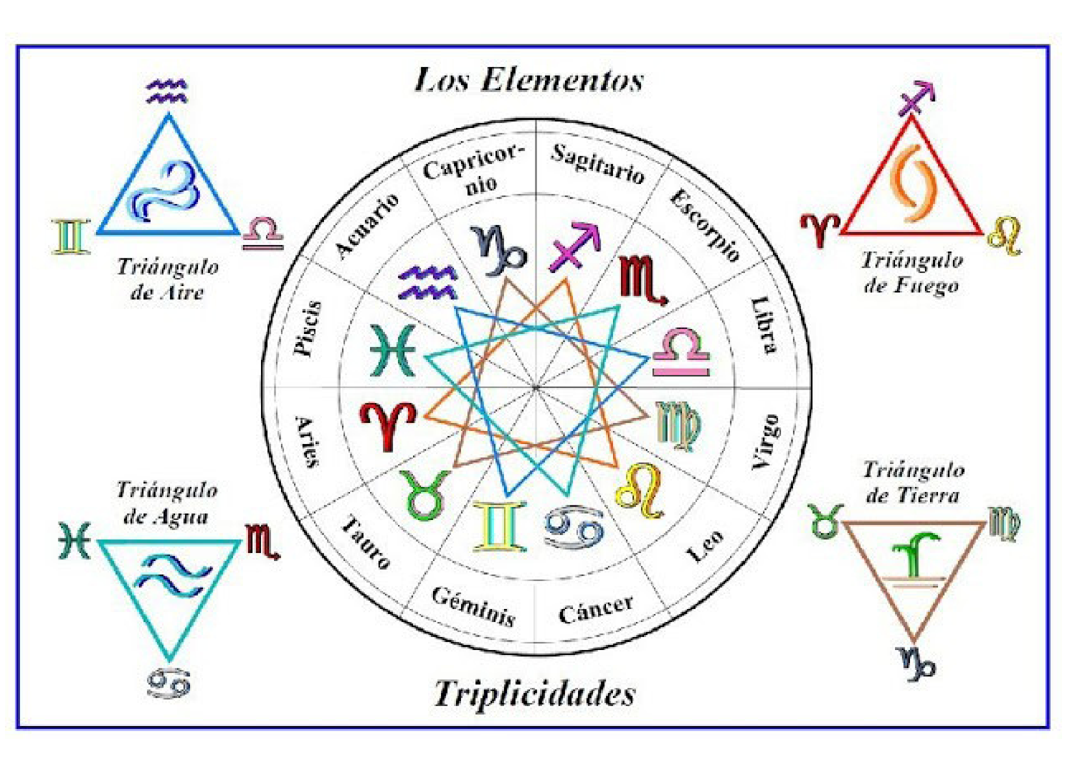
El primer Cuadrante, abajo a la izquierda, el Noreste,
entre el Ascendente y el Fondo Cielo,
tiene que ver con la consciencia de uno mismo en los primeros pasos de vida:
el Yo más fundamental definiendo al individuo en su apariencia más original, en la Casa 1,
el cuerpo físico, en la Casa 2,
y su entorno más cercano, en la Casa 3.

El segundo Cuadrante, abajo a la derecha, el Noroeste,

entre el Fondo Cielo y el Descendente,
habla de la integración de ese Yo fundamental con su entorno:
de la pertenencia a un grupo, en la Casa 4,
su proyección en él, en la Casa 5,
y su compromiso con él, en la Casa 6.

El tercer Cuadrante, arriba a la derecha, el Suroeste,
desde el Descendente al Medio Cielo,
habla de la toma de consciencia sobre las otras personas:
nuestra idea de los demás, en la Casa 7,
sus recursos, en la Casa 8,
y la búsqueda de un sentido en ese territorio ajeno, en la Casa 9.

El cuarto Cuadrante, arriba a la izquierda, el Sureste,
entre el Medio Cielo y el Ascendente,
habla de la integración de esa sociedad en el entorno del individuo;
una etapa de madurez personal:
con la consciencia del propósito existencial, en la casa 10,
su ideología, en la Casa 11,
y la vida interior integrada con el resto del mundo, en la Casa 12.



12 casas, 12 signos zodiacales, 12 vértices en 4 triángulos,
un elemento material de la Creación en cada uno:
Fuego, Aire, Tierra y Agua;
y el quinto, el invisible Éter;
Dios en la casa 13.

Según la distribución de los planetas en esas casas,
un panorama astral único para cada individuo definiendo su entera existencia,
una configuración de habilidades para cumplir con su coherente destino,
el que irá escribiendo nuestra Historia.

La deformación de los ejes en las esferas del Universo,
según los cálculos con Isíacos,
determinando las rotaciones y traslaciones,
así como las estaciones;
espirales buscando el Norte.

Cuando estemos alineados con nuestro propósito existencial,
nuestro camino se iluminará con la luz de su verdad,
y nuestra alma gemela, en el opuesto,
nos estará esperando,
para completarnos mutuamente.

Fin de la Primera Parte

—¿Y qué piensas hacer con toda esa información en tu libro? —le pregunté algo desbordado.

—Es difícil saber Julián, tal vez estuviera esperando a que alguien como tú lo leyera cuando llegara el momento indicado. Lo que sí sé es que las palabras escritas son más difíciles de borrar que las personas que las escriben. —me respondió con una expresión reflexiva algo preocupada.

De su bolsillo, entonces, sacó un anillo con un escarabajo grabado dentro, y lo dejó en mi mano.

—El escarabajo es un insecto único que se orienta con la luz de los astros; quién sabe si encuentren el norte mediante las Pléyades. Ya eran sagrados en los tiempos de los egipcios como el toro para los micénicos, los sumerios y los mismos egipcios. —me lo entregó junto al libro, y se fue.